

LOS
INTEGRISTAS EN VALLADOLID

(SEPTIEMBRE DE 1895)

POR

Carlos Moral y Roten



VALLADOLID.

Imprenta y Librería Religiosa, Nacional y Extranjera
de

Andrés Martín, Sucesor de los Sres. Hijos de Rodríguez,
LIBRERO DE LA UNIVERSIDAD, INSTITUTO Y SEMINARIO

1896.

G-F 3921

t. 67855

D601

A

C. 1093965

LOS

INTEGRISTAS EN VALLADOLID

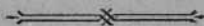


LOS
INTEGRISTAS EN VALLADOLID

(SEPTIEMBRE DE 1895)

POR

Carlos Moral y Roten.



VALLADOLID.

Imprenta y Librería Religiosa, Nacional y Extranjera
de

Andrés Martín, Sucesor de los Sres. Hijos de Rodríguez,

LIBRERO DE LA UNIVERSIDAD, INSTITUTO Y SEMINARIO.

1896.



R. 56091

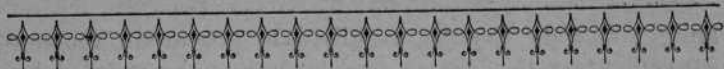
ADVERTENCIA DEL EDITOR.

En la última quincena de Septiembre del año próximo pasado se reunieron en esta capital Don Ramon Nocedal y sus amigos, celebrando lo que llamaron *Asamblea Integrista de Valladolid*, y con este motivo *La Crónica Mercantil*, periódico independiente de la localidad, publicó bajo el mismo título de este folleto, una serie de artículos, que alcanzaron notable resonancia.

Agotada la numerosa tirada que de ellos se hizo, y siendo aún muchas las personas que desean adquirirlos, hemos obtenido del autor—conocidísimo catedrático de Medicina de la Universidad vallisoletana, que firma con el ingenioso anagrama de *Carlos Moral y Roten*—permiso para hacer la reimpresión que hoy tenemos el gusto de ofrecer al público.

Al final, ó en forma de notas, publicamos algunas adiciones, que complementan este trabajo, y asimismo debemos á la amabilidad del autor.





LOS INTEGRISTAS EN VALLADOLID.

La verdad es la única caridad permitida
á la Historia.

CRETINEAU JOLY.

I.

Antes de la Asamblea.—Quiénes son los integristas?—Datos históricos.



iertamente que la asamblea integrista no figura en el programa de festejos de nuestras próximas ferias; pero es á no dudar uno de los sucesos de nota que se anuncian, y que esperamos que, con la baratura de los trenes, aumente la concurrencia de forasteros en Valladolid, secundando los fines que se propone el comercio y el vecindario en general. No sabemos á estas fechas si los *integros* que vengan serán en gran número, y aun lo creemos un tanto difícil; pero de todos modos, de su presencia, y de las circulares y calurosas excitaciones que han dirigido á sus

amigos de toda España, resulta á la postre un reclamo conveniente y beneficioso para nosotros, que todos debemos agradecer, y que por nuestra parte agradecemos desde luego muy sinceramente. «A esta nobilísima ciudad, dice la proclama integrista, á *ennoblecirla de nuevo* (repetimos las gracias) vienen del Ocaso y del Oriente, del Norte y del Mediodía españoles decididos, etc.,»

Nos proponíamos pues como es natural, dando á la cosa toda la importancia posible, ya que como dice el mismo documento, la ventura se nos va á entrar por las puertas con el Sr. Nocedal, referir á nuestros lectores todo cuanto ellos puedan saber, y á nuestro conocimiento llegue, respecto á la asamblea integrista; pero hemos echado de ver en estos días que, antes, se hace indispensable, si el público no se ha de quedar completamente en ayunas de lo que aquí ocurra, responder lo mejor que podamos, á una pregunta que á todas horas, y en todas partes se oye estos dias:

¿Qué son los integristas?

Ello podrá hasta parecer irreverente á nuestros próximos huéspedes, pero es rigurosamente cierto; y por sí mismos han de tener aún ocasión de comprobar la ignorancia de nuestro país, que nosotros no podíamos sospechar que fuese tanta, acerca de cuanto se refiere á ese partido, secta, comunión, ó como se llame.

Y es que con más ó menos exactitud, con más ó menos aproximación, aquí todo el mundo tiene formada idea de lo que es un *republicano*, un *liberal*, un *conservador* ó un *carlista*, porque de todos tienen bastantes ejemplares vivos y tangibles, y todos han llevado alguna parte en la historia de la población, exactamente lo mismo que nos figuramos ocurrirá con los *íntegros*, en otras poblaciones donde se han agitado tanto, y serán quizá en mayor número.

Pero los *íntegros* conocidos aquí como tales, y no de

todos, con trabajo llegan á una media docena, y eso que nos honramos teniendo entre nosotros la presidencia, nada menos que del antiguo reino de León. Y estos pocos aun para el público resultan inclasificables, si vale la palabra. Los más les llaman *carlistas* ¡á ellos que desde que se les expulsó de ese campo, son sus más irreconciliables enemigos! Otros les consideran *conservadores*, recordando que en las últimas elecciones municipales lucharon por ellos (diz que atribuyéndose representaciones de círculos, que no son, ni pueden ser, políticos). Algunos, los menos seguramente y esto por habérselo oído decir á ellos mismos(..... *toujours il reste quelque chose*) entienden que los íntegros son cierta clase de *católicos*, pero clase selecta y depurada, católicos extrafinos, mejores que los demás en una palabra: acerca de esto..... Obispos tiene nuestra Santa Madre Iglesia (y el sabio y virtuosísimo de Salamanca no está lejos) que lo sabrán responder.

Hé aquí porqué decíamos que considerábamos preparación obligada de nuestro trabajo de cronistas, exponer *quienes son los integristas y de dónde vienen*. No diremos *á donde van*, aunque lo sospechamos, porque suponemos que ellos mismos nos lo han de decir muy en breve. Y tal vez no tenga otro objeto la anunciada asamblea integrista de Valladolid.

La labor que nos imponemos es más enojosa que difícil. No es difícil, porque bastará á nuestro objeto con referir sucintamente algunos hechos de historia muy contemporánea, y tomar los comentarios, valgan por lo que valieren, de documentos públicos y de algunos periódicos afines al integrismo. Pero es desagradable, porque tratando del integrismo necesariamente hay que hablar de personas más que de principios. Procuraremos, no obstante, hacerlo sin faltar á ningún género de conveniencias, respetando siempre la vida privada, y ocupándonos sólo de hechos que pertenecen á la historia.

Quien dice *integrismo* dice *nocedalismo*, porque su jefe necesario, indiscutible, es el ilustre hombre público don Ramón Nocedal: éste es, para nosotros, el primer lema del partido. Y los íntegros pudieran llamarse, con no menos razón *siglo-futuristas*, del nombre del periódico que dirige el Sr. Nocedal. La historia del integrismo es pues corta, y apenas puede llevarse más allá de la fundación de este periódico.

Padre del integrismo puede considerarse á D. Cándido Nocedal, y legítimos ascendientes de los integristas á los que en tiempos de D.^a Isabel II recibieron el nombre de *neos*, y quisieron formar un gran partido católico dentro de la legalidad *liberal*, que fuese, según dicen malas lenguas «como el feudo de una familia de distinguidos curiales políticos, *que es á lo que se reducen ciertos pasados, y ciertos estadistas presentes, pasados tambien.*»

Como quiera que sea, hoy los integristas están representados por los suscritores de *El Siglo Futuro*; sin que se crea por eso que las relaciones entre los suscritores y el periódico se reduzcan á los meramente de empresa, y á las que ordinariamente existen entre los lectores y los redactores de un periódico. Algo habrá también en esto de empresa; claro está, y es muy justo! pero hay algo más admirable, y digno de meditación. Intimamente compenetrados, suscritores y periódico forman como un cuerpo y un alma, y ellos piensan con el periódico, y creen lo que cree el periódico, y juzgan como juzga, y van á donde el vá. Completa y perfecta armonia, solidariedad y unidad, y esto en todo orden de cosas, en todo linaje de asuntos. *El Siglo Futuro* es pontífice, jefe, guía, maestro, definidor y juez supremo; y fuera de él y de sus doctrinas, ya veremos después que no hay *ni salvacion*.

Bueno; pero ¿y qué fines persigue *El Siglo Futuro* tan admirablemente unido con sus suscritores? Para contestar á esto, es para lo que necesitamos imprescindiblemente

hacer un poco de historia; porque si el fin remoto, el que no se vé, suponemos que habrá sido el mismo siempre, los próximos y visibles han variado mucho en el transcurso del tiempo. Y otro tanto tendremos que decir después acerca de las convicciones del periódico, que han variado lastimosamente á cada cambio de postura que ha necesitado hacer, para adaptarse á los distintos medios en que ha realizado su vida.

Hemos dicho que el padre del integrismo fué D. Cándido Nocedal, hombre hábil, de clarísimo talento, y de ilustración poco común, cualidades que nos complacemos en reconocer tambien en su hijo D. Ramón. Murió don Cándido en 1885 siendo defensor de la Iglesia, y delegado de D. Carlos de Borbón; pero importa advertir, contra lo que muchos creen, que no siempre había defendido á la Iglesia, ni siempre, sino solo en dos breves periodos de su vida, había sido carlista.

Progresista, miliciano nacional, moderado despues y ministro de D.^a Isabel II, D. Cándido Nocedal fué enemigo de la Iglesia en los primeros años de su vida pública cambiando luego felizmente de actitud, y convirtiéndose á su defensa en las Cortes Constituyentes del 54. Pero, esto no obstante, siguió siendo enemigo resuelto y declarado del carlismo. «*Bendecía la bala que mató á Zumalacárregui,*» «*enviaba al general que había ahogado en sangre carlista la sublevación de Zaragoza en 1855*» y dejó que su hijo, en el primer número de *La Constancia*, «*culpase á los carlistas de todos los males y daños que habían sobrevenido á la Iglesia y á la Patria.*»

Y es que no podía verdaderamente mirarlos con buenos ojos, porque al fundar Nocedal padre este periódico, hemos dicho que perseguía ya la idea de atraerse las masas católicas para formar un gran partido católico. Este fué el origen, estos fueron los primeros esbozos del *neismo* ó integrismo de entonces; y los *neos* de entonces y

los *íntegros* de ahora son como ha dicho recientemente un insigne publicista «descendientes todos de un ultramontanismo contrahecho y á la francesa, detrás del cual, y á poco que se raspe la corteza, aparece siempre la médula *galicana*».....

La revolución de Septiembre arrojó del trono á doña Isabel, y vinieron para la Patria y para la Iglesia días de luto, que no hay para que recordar. Levantóse entonces pujante y brioso el carlismo, que aunque nuevo en estas lides, y combatido á sangre y fuego, llevó á las Cortes constituyentes 70 diputados, y 35 senadores.

Este alarde de fuerzas impresionó á D. Cándido y..... se hizo carlista,—desinteresadamente, por supuesto,—obteniendo luego en las Cortes de D. Amadeo dos actas de diputados, una para su hijo y otra para él, á más de la jefatura de una minoría parlamentaria.

Pero había comenzado la guerra, y D. Carlos creyó necesario llamar á los Nocedales á su lado. Estos *no quisieron ir*. Dijeron que conocian á D. Carlos, y que *de todas veras, y para siempre*, se retiraban de la política.

Los carlistas estaban entonces sometidos á leyes especiales, sus periódicos estaban suspendidos ó prohibidos. Y los Nocedales, sin embargo de venir del nefando campo carlista obtuvieron de los poderes públicos, no se sabe como, beneplácito para fundar un periódico. Y nació *El Siglo Futuro*, periódico que se decía católico: no político.

La ocasión era magnífica porque suspendidas todas las demás publicaciones carlistas ó afines, *El Siglo Futuro* heredaba de ellas al nacer un buen contingente de suscripciones.....

«De lo que menos se curó el periódico, dice uno de sus redactores, fué de los carlistas, y ni siquiera hablaba de ellos. No pensaba más que en atraerse á la Juventud católica de Madrid, y á los Obispos para fundar una especie de partido católico (siempre la misma obsesión!), prescin-

diendo de D. Carlos, y sirviendo á lo más los carlistas de lastre. Fracasó el proyecto, y la Juventud católica primero y los Obispos después, se fueron poniendo enfrente de él.»

«De los retazos dispersos se aprovecharon más tarde manos hábiles y surgió la *Unión Católica*. El Sr. Nocedal, hijo, al ver su obra realizada por el Sr. Pidal, su rival desde niño, montó en cólera, y de aquí esa guerra de 6 años, día por día, á la *Unión Católica*, ese odio implacable al Sr. Pidal, esa rebeldía constante contra los Obispos.» (1)

Pero, por no interrumpir el párrafo del Sr. Somoza, hemos adelantado los sucesos.

Cesó la guerra, volvieron á publicarse periódicos, y entre ellos *La Fé*, sucesora de *La Esperanza*, periódico venerando para los carlistas de la buena cepa... y por un conjunto anómalo de circunstancias, los Nocedales, *retirados para siempre de la política*, MIENTRAS LA GUERRA Y CUANDO HABIAN NECESITADO FUNDAR SU PERIÓDICO,... *volvieron al campo carlista*. Y D. Cándido fué nombrado delegado de D. Carlos con amplísimos poderes.

D. Cándido sometió entonces á la prensa y á los carlistas á una tutela intransigente y durísima, dibujándose muy luego entre éstos dos tendencias: la de los nocedalistas ó íntegros que seguían al *Siglo Futuro*, y la de los de *La Fé*, que eran los carlistas de toda la vida.

Amparados en la autoridad de D. Carlos, los Nocedales cayeron en un cesarismo desatentado y feroz, llegando á decir aquellas célebres frases: «*No es lícito siquiera dudar de las determinaciones reales.*» «*Palabras que vienen de tan alto* (las de D. Carlos) *no se comentan, porque aun alabarlas parece irreverente petulancia.*» Qué monstruosidades!

(1) D. Antonio Santiago Somoza. *La Epoca*, 10 de Mayo de 1888.

No se puede ser católico sin ser carlista, no se puede ser carlista, sin obedecer á D. Carlos, ó á su delegado; luego el que no obedece á D. Cándido Nocedal es liberal hereje, réprobo. No hay pues salvación posible fuera del campo integrista ó nocedalino. Tal es en sustancia la argumentación con que, á modo de ariete, el integrismo batía á los carlistas de *La Fé* (1), á los afiliados á la *Unión Católica* y á los Obispos mismos (todos comprendidos por él bajo el título de *mestizos* ó *liberales*) siempre que se le pusieron enfrente.

Hoy, expulsados del carlismo por perturbadores y rebeldes, hacen análogo argumento, pero tomando por base, en vez de la *autoridad del Cesar* (de que ya no disponen), la *pureza de la doctrina*, que ellos solos pretenden poseer.

Largo sería de contar las peripecias de esta lucha continuada y sin treguas, que D. Carlos trató inútilmente de evitar en varias ocasiones, rectificando los gravísimos errores políticos y religiosos en que el celo exagerado de los integristas hacía caer al partido, molestando á los antiguos y probados carlistas, y malquistándole con los prelados, que hasta entonces siempre habían considerado al carlismo, guardándole todos los respetos compatibles con su superior misión.

Pero murió D. Cándido Nocedal, y D. Carlos, harto ya de los abusos y demasías del integrismo, se reservó la dirección del partido, y aun dejó de considerar á *El Siglo Futuro* como periódico oficial.

Y aquí fué Troya! D. Ramón aprestóse á nueva lucha contra el mismo Cesar (sospechoso ya desde aquel momento

(1) Aquí del disparatado silogismo que el P. Planas escribió para *El Siglo Futuro*:

No se puede ser católico sin ser carlista.

La Fé no es carlista.

Luego *La Fé* no es católica.

de falsear los principios del carlismo, de manchar la pureza de la doctrina con errores *abominables*, etc., etc.) y fundó en varias provincias periodiquitos dirigidos por los mismos redactores de *El Siglo Futuro*, de vida precaria y muchos sin suscritores, pero que secundaban y ayudaban en las algaradas á su patrono, pretendiendo encerrar á D. Carlos en un círculo de hierro.... ó de papel. (1)

Fuertes ya por el número, intentaron imponerse, y con desacatos á D. Carlos, é irreverencias á los Obispos, entre censuras de aquel y excomuniones de estos, concluyeron andando los tiempos por agotar la inagotable paciencia de su rey, que los expulsó á todos del partido, dejándole *limpio de integristas* en el mes de Julio de 1888.

Los expulsados se congregaron entonces en Burgos, y allí celebraron una especie de sanhedrin ó concilio, y redactaron un larguísimo documento, en el que con citas de periódicos, de las Partidas, y de Santos Padres, prueban como dos y dos son cuatro....lo de siempre: que ellos son los buenos, los puros, y los íntegros, que fuera no hay más que liberalismo y heregía, que ellos solos tienen las llaves del cielo, y que la gloria, en una palabra, está reservada para los afortunados suscritores de *El Siglo Futuro* y sus cofrades. Amén.

Desde entonces cada vez más mermados, vagan errantes y solitarios por los campos de la política, borrada la última palabra del lema *Dios, Patria, Rey*, por no decidirse á otorgársela á D. Ramón; y declarando que prescindan ya por completo de la política (contra lo que tanto anatematizaron en la *Unión Católica*), y que *solo Dios basta*.

(1) Aludiendo á este procedimiento revolucionario de las mayorías contestó D. Carlos con estas palabras de verdadera *realceza*:

«La gracia de Dios, la viril educación que he debido á las vicisitudes de mi vida, y los ejemplos de mis augustos antecesores muertos en el destierro por no transigir con la Revolución en poco ni en mucho, me han enseñado á no temer el número.»



Esto no obstante, sus enemigos les acusan de que siguen dando disgustos á los carlistas, y á los prelados, siempre que se presenta ocasión.

Examinemos ahora, con algun mayor detenimiento algunos de estos sucesos tan compendiosamente relatados, y estudiemos la significación actual del integrismo, y su verdadera situación con la Iglesia y con la política.



II.

Los integristas y las obras religiosas. — Anatemas de los Prelados. — Las palabras del Sr. Arzobispo de Burgos.

Los carlistas, que en los tiempos que siguieron á la revolución de Septiembre, llegaron á contar 170 periódicos empeñados en lucha ardiente, que bien puede calificarse de político-religiosa, y que sin embargo, supieron hacerlo con tal inteligencia y tal mesura en aquellas difíciles circunstancias que jamás recibieron censuras ni amonestación alguna de parte de las autoridades eclesíasticas, se lamentan todavía amargamente de que desde que llegó á su campo el aluvión neo ó integrista, con su *Siglo Futuro* á la cabeza, todos fueron desastres y desdichas en esta materia.

Siempre consecuentes con aquella idea, ya indicada, que *ab initio* informara á los advenedizos, es á saber: *formar un gran partido católico, que fuese como feudo de la familia, transmitido de padres á hijos*, los neos ó integristas nunca han visto bien que á su lado se levantase partido, grupo, ni siquiera cofradía, que pudiera robarles preponderancia ó influencia entre las masas católicas.

Por eso como los neos, futuros creadores de *La Constancia*, odiaron de muerte al carlismo, partido católico

que pretende llevar al gobierno de los pueblos una política cristiana, así en tiempos posteriores, y ya con sus tiendas dentro del campo carlista, odiaron de muerte y escarnecieron á la *Unión Católica*, agrupación de los católicos alentada por los Obispos, y bendecida por el Papa, pero para cuya organización no se quiso contar con el Sr. Nocedal; insultaron y escarnecieron á los que llamados y presididos por los Obispos, fueron á Roma en honor del Papa, con motivo del 50º aniversario de su ordenación sacerdotal; á una con los enemigos de la Religión, hicieron una guerra sorda é implacable al *Congreso Católico nacional*, obra exclusivamente religiosa, iniciada y realizada por la Iglesia; y odiaron, en una palabra, porque la lista sería muy larga, á toda empresa para fines católicos desarrollada sin la intervención, dirección y administración nocedalista.

«Ya no puede dudarse, decía *El Siglo Futuro* á raíz de la muerte de D. Cándido, en un artículo titulado *Dios no se muere*, ya no puede dudarse que en España no hay más fuerzas católicas, más muchedumbres católicas, ni más movimiento católico que nuestras fuerzas, nuestras muchedumbres y las obras que nosotros hagamos.»

Tal ha sido antes y después, ahora y siempre, la nota más típica, la característica de esta secta: llevar la exclusiva en toda obra religiosa, que solo es tal cuando sale de sus manos.

Esta es la explicación única de su conducta de todos los tiempos.

«Para la pluma del periódico nocedalino, dice un escritor que los conoce bién, como piqueta revolucionaria y demoleadora, no ha habido prestigios, ni virtudes, ni autoridad, ni ilustración, ni consecuencia, que no hayan sido mancillados en cuantos se permitían discrepar de su modo de ver ó censurar sus procedimientos...

Ni las Escuelas católicas, ni la Juventud católica, ni

los Círculos católicos de obreros, ni siquiera las Conferencias de San Vicente de Paul se han librado de sus intemperantes ataques, cuando sus presidentes ó directores no eran de los suyos...

El integrismo es una secta político religiosa que no admite otro criterio de verdad que lo que su espíritu privado le dicta, ni otra autoridad indiscutible que la de los caballeros particulares que él ha erigido en maestros y doctores...

Declaremos, sin embargo, que en todas las maniobras del integrismo han resplandecido siempre una *unidad* y una *lógica* admirables: la unidad del *Yo*, y la lógica que busca el predominio y la exaltación de aquella unidad (1)»..

Nada tiene pues de extraño, dada tanta estupenda *egotría*, que cuando la voz del Pontífice, en sus encíclicas *Cum Multa é Immortale Dei*, en su breve al Sr. Arzobispo de París, etc., clamó por la autonomía de la jerarquía eclesiástica tratando de poner coto á los excesos del integrismo, D. Ramón y los suyos se hicieron los suecos y oyesen al Papa... como oyen á los Obispos.

No pueden contarse las procacidades, las ofensas y los ultrajes de los periódicos integristas contra los prelados que no estaban *con ellos* (frase favorita del integrismo). El Obispo de Santander, el de Cádiz, el de Segovia, el de Segorbe, el de Valencia, el de Salamanca, el de Gerona, el de Vich, el Arzobispo de Tarragona, los Cardenales Lluch, Monescillo y Gonzalez, el Secretario de Estado de S.S., el Nuncio, el Papa mismo fueron objeto de sus irreverencias, ó de sus ataques.

Los periódicos integristas negaban al Papa *el derecho*

(1) León Castilla, *El integrismo y sus consecuencias*. Folleto excelente en que se tratan con más extensión estos mismos asuntos, y cuya lectura nos permitimos recomendar,

de *inmiscuirse en los asuntos de las Diócesis*, negando y combatiendo la doctrina católica acerca de la primacía del sumo Pontífice.

Dijeron que la Iglesia, en la situación que el liberalismo la ha creado, *no puede ser defendida por los Obispos á quienes faltarán siempre la elocuencia, la habilidad y el prestigio adquiridos por un político.*

Dijeron que los tradicionalistas *no pueden tomar parte en obras religiosas sin obtener primero el permiso del Rey.* ¿Siendo su delegado el Sr. Nocedal?

Se burlaron del arbitraje del Papa en los asuntos de las Carolinas, llamaron mentecatos á los católicos que se congratulaban con el Papa de los mensajes que, con motivo del Jubileo, recibió de los soberanos y poderosos, insinuaron que muchas dignidades de la Iglesia de España habian llegado á sus puestos por medios simoniacos, *et cætera.*

Con escándalo se recuerdan todavía las crudas desvergüenzas del integrista *Diario de Sevilla* contra todos los Obispos que se le pusieron por delante (1).

(1) Vaya también algún botón para muestra de como las gasta en punto á lenguaje la prensa integrista:

De la *Unión católica* que, como hemos dicho, estaba bendecida por el Papa y alentada por los Obispos, decía *El Siglo Futuro*: «aquella calamidad, que nació espantosa para acabar en ridícula, queda desde hoy azotada, emplumada y agarrotada por mano del verdugo.»

El Diario de Sevilla se lamentaba de que el Obispo de Salamanca «convirtiera la cátedra santa en tribuna y vaciadero de mezquindades» y atribuyó la condenación del periódico *La Tesis* á que el prelado «no había visto el mundo más que por un agujero de su celda.» Y con no mayor dulzura y comedimiento trataba á los demás Obispos.

Otro periódico, también *íntegramente* católico, llamó á la Encíclica *Cum Multa* «documento añejo, del que nadie hacía caso en España» y en varios de la secta se calificó de «*gatuperio mestizo*» el despacho oficial del Cardenal Secretario de S. S. en que se condenaban los errores de *El Siglo Futuro.*

¿Para qué más citas?

¿Y qué diremos de aquellas letanías de San José de los periódicos integristas, llenas de enormidades como, por ejemplo, la de estampar bajo el epígrafe de «Un presbítero anónimo» esta donosa recomendación: «*Por Fray Tomás que hace mucha falta en el cielo, y aquí nos estorba*», y Fray Tomás era el P. Cámara, Obispo de la diócesis?

Hasta se ha asegurado en plenas Cortes que algunos integristas, y nada nos extrañaría ya, rezan secretamente en su rosario «Por la conversión de nuestro Santísimo Padre Leon XIII.»

Capítulo de censuras y amonestaciones eclesiásticas:

Ruidosísima y lamentable por todo extremo fué la conducta del periódico mayor de la secta cuando el incidente del Obispo de Puerto Rico. De orden de su Santidad, transmitida por el Nuncio, había desistido el prelado de explicar su interpelación en el Senado; y *El Siglo Futuro*, lleno de soberbia en un artículo titulado *La misma cuestión* (9 de Marzo de 1885), se revolvió contra la Nunciatura, y deprimió tan gravemente su autoridad que obligó á intervenir al Cardenal Secretario de Estado y al Nuncio; contra los que otro periódico de la conjura, *El Tradicionalista* de Pamplona, se levantó enseguida negándoles autoridad sobre *El Siglo Futuro*. Los errores del periódico del Sr. Nocedal fueron solemnemente condenados como *febronianos y galicanos*.

También fué condenada *La Revista Popular Ilustrada* de Valencia. *La Tesis*, otra estafeta integrista de Salamanca, murió bajo los anatemas del Obispo; como murieron también excomulgados por su prelado *Lo Fuet* y *La Vespa* en Cataluña.

Amonestados han sido la mayoría de los periódicos de la secta. Pero sería inacabable hacer mención especial de todas las censuras eclesiásticas formuladas contra los integristas hasta nuestros días... hasta el decreto de la

Sagrada Congregación del Índice de Junio último, que también condena algo de lo que el Sr. Nocedal proclamó últimamente en Azpeitia (1).

Cuando estaban en su campo, D. Carlos intentó en vano contener á los integristas, é hizo escribir al Sr. Navarro Villoslada una carta, que jamás ha sido rectificada, y en la que se leen estas palabras:

«Eso de retirarse á las trincheras de la política para sustraerse á la acción episcopal, además de ser inútil, y aún contraproducente, implica una especie ó concepto erróneo, cual es el de suponer que la política, hija de la moral, no cae bajo la jurisdicción y magisterio de la Iglesia. La Iglesia es maestra en el orden político con derecho y misión para prescribir y señalar los deberes de ese orden, y para juzgar á los que en él tomen alguna parte.

Es cierto que á la Iglesia no pertenece la *acción* política, pero sí la *enseñanza* y el *juicio* respecto de los que ejercitan esa acción; y, por lo tanto, respecto de los que en ella toman alguna parte, aunque solo sea aconsejando ó persuadiendo en la prensa que se obre ó se deje de obrar de este ó de aquel modo. No es posible evadirse de esa ju-

(1) Palabras del Sr. Nocedal en Agosto: «Nosotros no tenemos más que un jefe y un rey: el Sagrado Corazón de Jesús; y una reina, que es la Virgen Inmaculada.» Y precisamente en 19 de Junio del mismo año, la Sagrada Congregación del Índice prohibía la oración «para pedir á Dios que todos los hombres reconozcan el imperio supremo de Cristo y de María Inmaculada sobre todas las criaturas.»

La tal proclamación, pues, es anarquista en el orden político, puesto que tiende á suprimir toda autoridad en la tierra; y está condenada por la Iglesia en el terreno religioso.

La Información de Salamanca es el último periódico integrista amonestado por su Prelado (15 de Agosto de 1896) de que tenemos noticia.

risdicción y magisterio, y, por lo tanto, es preciso bajar humildemente la cabeza ante los maestros de la verdad, base y raíz de toda santa intransigencia. Si en vez de esto se insinúan censuras á los Prelados, tomando, por decirlo así, la ofensiva, y juzgando sus documentos episcopales en que ellos enseñan y juzgan ó determinan el modo como se proponen juzgar, es, en mi humilde opinión, indudable que se procede erradamente.

Se procede asimismo, estoy seguro de ello, contra las intenciones y vehementísimos deseos del Sr. Duque de Madrid. Este excelso Príncipe, que préviamente se adhirió á todas y cada una de las resoluciones del Concilio Vaticano, á sus cánones y á su espíritu, está desde entonces sincera, profunda y estrechamente adherido al espíritu y doctrina de la Santa Sede. Su programa es hoy la encíclica *Inmortale Dei*, desde el principio hasta el fin en todas sus partes, sin quitarle ni añadirle una sola letra.»

Pero váyanles ustedes con epistolitas régias á los íntegros! Atacaron como pudieron ¡al Sr. Navarro Villoslada! que no sabía aplicar según ellos, la doctrina católica, le llamaron liberal, mestizo y enemigo del principio monárquico, y continuaron haciendo mangas y capirotos á su antojo.

¿Necesitan más todavía nuestros lectores para conocer bajo el aspecto religioso, «á los que vienen, como dice su proclama, á sostener ideas que su jefe ha sabido propagar por otras regiones, *más venturosas hasta ahora que la nuestra?*»

Pues allá van algunos de los juicios que han merecido al Episcopado español.

Cuando la carta de S. S. al Cardenal Arzobispo de Paris en 17 de Junio de 1885, recibida con harta frialdad y marcado disgusto por el integrismo, que, en cambio, había puesto por las nubes la del Cardenal Pitra anatematizada

luego por su mismo autor, el Sr. Arzobispo de Valencia escribía las siguientes palabras:

«Como llovidas del cielo, las enseñanzas dadas por el Papa llegan cuando ya era menester acabar, de una manera explícita y terminante, con esa especie de *febronianos*, no bien encubiertos á la verdad para las vistas ingenuas y perspicaces; pero sin embargo, bastante simulados para arrastrar, bajo las apariencias de buen celo, á muchos, muchos incautos de aquellos que repiten inconscientemente lo último que oyen, y creen á quienes llevan provechos en desviarlos del recto y seguro camino, que es la completa sumisión al Romano Pontífice, y la regular obediencia á los Prelados legítimos. Y llegaban las cosas á tal extremo que ya se explicaban y comentaban los documentos emanados de la Silla Apostólica, y las pastorales de los Obispos, al modo que los litigantes de mala fé alteran, quitan y ponen cuanto les hace al caso, para extraviar el juicio del magistrado y del público, con lesión evidente de la sinceridad, y con daño de la Justicia. Y débese advertir que al contemplar ciertas cosas parece oirse de nuevo la voz astuta de Hontheim, de Heibel y de Richer contra el Papado y el orden social, deslizándose por entre la heredad del Padre de familias el *coluber* tortuoso llamado jansenismo.»

Y los Prelados de esta provincia eclesiástica decían así en 8 de Julio del mismo año: «Duro es tener que manifestarlo; pero, llegado el momento, juzgamos más saludable la franqueza que el disimulo. Hemos visto más de una vez con qué osadía se trata de indicar al Romano Pontífice el camino que ha de seguir, cómo se desatienden sus advertencias, cómo se eluden sus censuras, cómo se violentan sus enseñanzas torciendo su sentido, y haciendo gala de ingenio para desfigurarlas hasta con el sofisma.»

Y en el mes de Diciembre, el venerable Arzobispo de Tarragona se lamentaba también amargamente, en un

mensaje á S. S., de la perversidad.... de los tiempos. "Somos cohibidos, Santísimo Padre, se hace el vacío á nuestro derredor, y se nos ataca con la conjuración del silencio. Más aún: hay quienes erigen cátedra contra cátedra, y defendiendo lo que está reprobado por Tí, Santísimo Padre, distraen la mente de los fieles, turban los corazones, y hacen vanos nuestros trabajos.,,

Y leánse ahora las siguientes palabras de la sábia y gravísima *Instrucción pastoral*, que el Sr. Arzobispo de Burgos dió en 8 de Septiembre de 1889, y en ellas se verá á los integros retratados de mano maestra y de cuerpo entero.

Habla de las dos formas más usuales del liberalismo en nuestra pátria, y después de haberse ocupado en la primera, de todos conocida, dice:

"Del propio modo, y con mayor escándalo aún, venimos presenciando desde ocho ó más años há, empleada y practicada la segunda por algunos católicos que mal avenidos con la posición que ocupan en la Iglesia de Dios, al decir de Su Santidad, y olvidados á la par del sagrado deber que á todos los fieles incumbe conforme al derecho natural, divino y canónico (tantas veces recordados por él, y recientemente en carta al arzobispo de Tours, publicada en el número primero del *Boletín* del año actual) de honrar la divina autoridad de los Obispos y obedecer sus prescripciones, se erigen, no obstante, en maestros y jueces de los mismos, criticando y juzgando en artículos escandalosos y en cartas insolentes los actos de su jurisdicción episcopal, tergiversando sus palabras, falseando sin pudor sus conceptos ó confundiendo especies distintas, atribuyéndoles lo que no dicen, y juzgando sus actos doctrinales hasta el extremo increíble de tachar de injusta la condenación de algunos escritos hecha por un venerable y dignísimo Prelado, y confirmada por Su Santidad. Todo lo cual se comprende y hasta es

lógico y natural en los que, menospreciando no ha mucho la apostólica autoridad del Padre Santo en la persona de su Nuncio ó representante aquí en España, maltrataron del modo más insolente y procaz á su eminentísimo secretario de Estado por el simple hecho de transmitir *oficialmente* las órdenes superiores de Su Santidad que reprobaban sus hereticales doctrinas.»

Así son los que en breve expondrán en Valladolid «una, vez más, esos sanos principios sobre los que *nunca ha caído anatema* del único tribunal que en la tierra existe para discernir lo verdadero de lo falso, lo lícito de lo que no lo es.»

Estas no son, como pudiera creerse, palabras sarcásticas de algún enemigo mordaz del integrismo: son palabras de la propia proclama de la Junta integrista de Valladolid, á que ya antes aludimos. Muy dura, durísima, nos parece la calificación de *secta místico-bribónica*, que les ha dado el insigne Menendez Pelayo, pero duro nos parece también que vengan alardeando de purezas é integridades, gentes que se traen semejante historia!



III.

Los integristas y la política.—Más sobre la rebelión contra D. Carlos.—La última actitud.

Ganosos estábamos de dejar las graves materias del capítulo anterior, porque como hablando de cosas integristas siempre anda retozando la risa, temíamos cometer involuntariamente alguna irreverencia. En el asunto de hoy no hay tales riesgos.

No hemos de entrar ahora á examinar los principios políticos del integrismo, que han sido tan varios y tornadizos como nuestros lectores podrán suponer, habida en cuenta la série de cambios y volatines, que este grupo ha venido haciendo durante el curso de su no larga vida. Preciso sería para ello abrir cierto número de columnas encabezadas con epígrafes parecidos á los siguientes:

Ideas del integrismo en su período neo, isabelino y anticarlista.

Ideas en el período *siglo-futurista* naciente ó incoloro.

Ideas en el período carlista con mando (época *cesarista*).

Ideas en el período carlista sin mando (época *rebelde*).

Ideas en el período del *pataleo* burgalés.

Ideas en el período de aproximación liberal indefinida (*al que más de*, según la frase de D. Ramón).

Y colocando en cada columna, unos frente á otros, los



principios sustentados por la prensa integrista en el respectivo periodo..... ya estaba terminada la tarea; ellos solos reñirían entre sí descomunal batalla.

Pero este inútil trabajo es impropio de personas serias y hacemos gracia de él á nuestros lectores. Dejémosle para algún desocupado, imitador de aquél inglés que contó y clasificó las letras de la Biblia.

Sólo sí, como curiosidad, citaremos una de las cogidas, sin número, sufridas en estas materias por los *íntegros*. Publicó *La Fé* en cierta ocasión un artículo titulado "Doctrina carlista..". La prensa nocedalina, como de costumbre, le atacó despiadadamente y le calificó de *cesarista, despótico, irracional y pagano*. Y luego resultó que era un artículo del mismo D. Cándido Nocedal. publicado en el propio *Siglo Futuro* algún tiempo antes, y llevado por un inocente *quid pro quo* á las prensas de *La Fé*. Todo esto dentro del período carlista del integrismo.

Por otra parte, no queremos tampoco molestarnos en hacer consideraciones en serio, sobre la política integrista, porque, de acuerdo en esto con el Sr. Silvela, no la concedemos alcance de ningún género, y la tomamos como una parte meramente recreativa de la política española.

A título de cosa recreativa pues, y para regocijo de los lectores de LA CRÓNICA, vamos en cambio, á mostrarles algunos retazos de varias procedencias, en que se enteren del juicio que mereció la rebelión de los nocedalinos, y su expulsión por perturbadores, del partido de D. Carlos: suceso el más culminante de la vida integrista.

Copiemos primero algunas palabras de la carta de don Carlos á nuestro D. Ramón:

"Has faltado, le dice, á tu misión de periodista monárquico y á tus deberes de súbdito leal, introduciendo en nuestro campo la discordia, con empeño que solo iguala al que pongo yo en extinguirla.

No es cierto que entre los tradicionalistas haya dos

banderas, según tu te obstinas en propalar. No hay más que una: la mía, la que lleva inscritos los principios proclamados en mi Carta-Manifiesto á mi hermano D. Alfonso, y á cuya sombra arrojaron impávidos la muerte tantos millares de héroes (1), que ahora tu tratas de perturbar con pertinacia imperdonable.

Por ellos, por esas almas fuertes y sencillas al mismo tiempo, en las que tu estás sembrando la confusión y la desconfianza, me resuelvo á proceder contra tí.,

Como la rebelión fué iniciada por el Sr. Rivas, director de *El Tradicionalista* de Pamplona (D. Ramón en estos casos se queda siempre á retaguardia), la hidalguía de los navarros se *desahogó* con un fogoso mensaje á D. Carlos, que dice entre otras cosas:

«Navarra está avergonzada de que haya salido de este santuario del carlismo la primera señal de la apostasía; pero advertid, Señor, que no es de la tierra de Ollo y de Radica el hombre que la ha dado; que aquí tienen que traernos de fuera los herejes y los traidores, pues en Na-

(1) «*Y eso tampoco es verdad*» contestaron suavísimamente los integristas desde el conciliábulo burgalés.

Claro está! *sus héroicos voluntarios*, como ellos dicen, se batieron, sin duda, en las montañas, pensando sólo en Ramoncito y su papá, que estaban entonces muy atareados en Madrid, fundando el periódico *no carlista*, de acuerdo con Romero Robledo, y aprovechándose de las circunstancias por aquello de «á río revuelto, etc.»

Del documento á que alude D. Carlos, ya erróneo y herético para los integristas, había dicho D. Cándido Nocedal en su discurso necrológico de Aparisi Guijarro, leído en la Academia Española, lo siguiente:

«Estando á su lado Aparisi Guijarro, escribió el Duque de Madrid *la famosa carta á su hermano D. Alfonso*, que ha servido de bandera, desde entonces á muchos españoles, *y produjo admiración en Europa.*»

El que definitivamente llegue á sentarse bajo el solio debe saber que va á gobernar á un pueblo católico y proclamar que *ha de regir católicamente*; es decir, con amor y con justicia, y respetar su libertad, *lo cual, está dicho en la carta del duque de Madrid, que es un programa completo.*»

varra no nacen. No olvideis, Señor, que las manchas de tinta que un aventurero de la pluma haya vertido aquí para mancharnos, Navarra entera está dispuesta á lavarlas con torrentes de sangre, el día que Vos lo ordeneis, porque Navarra es todo vuestra..”

Pero donde el suceso aparece descrito con todos sus antecedentes y consiguientes, y con pinceladas á lo Velázquez, es en el mensaje de los carlistas de Madrid á don Carlos, redactado por el barón de Sangarrén, y firmado momentos antes de verificarse la expulsión.

“Trátase, señor, decía, de una conjuración ruin y pequeña contra V. M., urdida por la envidia y el desprecio de un escritor que no tiene más importancia que la que vuestra majestad graciosamente le ha dado, y que tomó á desaire el que V. M. en su recto juicio no tuviese á bien concederle una jefatura, para la que en absoluto carece de condiciones y de mérito. No hay en el fondo nada más...”

“El partido tradicionalista no se divide; lo que hay es que se desprenden de él unas cuantas docenas de advenedizos de aluvión, sin convicciones, sin historia, sin arraigo, de aquellos que en los últimos años del reinado de doña Isabel eran llamados *neos*, y ocupaban ó pretendían puestos oficiales dentro de aquella dominación, á la que adulaban en el periódico *La Constancia*, escribiendo al mismo tiempo improperios contra los carlistas; que después, asustados de la revolución que todo el mundo preveía, y creyendo que no había más triunfo posible que el nuestro, vinieron á nuestro campo, en donde por lo general no han hecho nada más que mejorar sus propios negocios, y que *así como vinieron cuando les convino, se marchan cuando les conviene.*”

“Todos son modernos, todos son extraños, y para que su conducta resulte más risible, pretextan que se separan por cuestiones de doctrina, porque V. M. no conserva,

porque los leales que seguimos á V. M. no conservamos la verdadera doctrina carlista; siendo necesario sin duda que á los hijos y á los nietos de los carlistas que hemos estado siempre en lucha contra el liberalismo, á los representantes de tres generaciones de mártires y de soldados de la Religión, del Rey y de la Patria, nos vengan á enseñar la manera de ser carlistas los mal convertidos liberales, los mal arrepentidos masones, recién salidos de las logias.,,

Esta alusión se refiere sin duda á los que, como el señor Tirado, habían dejado el triángulo y el mandil para entrar en la redacción de *El Siglo Futuro*.

Ahora, para mezclar, vaya la opinión de un ex-integrista:

El célebre general Cavero, delegado de D. Carlos en Aragón y Cataluña, y *gran amigo*, hasta entonces, del *Siglo Futuro* y de D. Ramón, abrió los ojos, como otros muchos, ante la expulsión integrista, y lleno de indignación. verdaderamente militar, en un discurso pronunciado en la conmemoración de la jura de los Fueros, en la *Sociedad Tradicionalista* de Bilbao, regaló á sus antiguos cofrades con las siguientes palabras:

“Conozco personalmente á nuestro Rey, le he tratado en la vida íntima y, si no se tomase á orgullo, diría que soy su amigo. En una palabra, le conozco lo bastante para poder aseguráros, bajo la fé del soldado que nunca se empañó con la mentira, que cuanto os digan de cambios, liberalizaciones, mesticismo y soñadas alianzas *son pura invención y grosera calumnia.....*

Aleccionados por la experiencia tengamos más fé en la palabra de un Rey caballero que en la calumnia de un *papelucho.....*

Todos los argumentos empleados para separarnos de nuestro Rey no pueden soportar la luz de la crítica, pues no son más que *un conjunto de falsedades, retorcidas con la lógica sofística de los periodistas.»*

El Siglo Futuro no dijo esta boca es mía; y es muy posible que su mesnada siga todavía considerando como uno de los suyos al hijo del conde de Sobradíel.

Pero uno de los periódicos que con más donaire puso en solfa á los íntegros, fué *La Epoca*, que en un sustancioso artículo titulado "Justicia de Dios,, ocupándose del intentado destronamiento de D. Carlos por *El Siglo Futuro*, hace entre otras, estas consideraciones:

"Y de qué procedimiento se vale? Del único que conoce. *El Siglo Futuro*, como Barba Azul, no tiene más que un cañón, y es el que dispara siempre.

Acusa á D. Carlos de LIBERAL.

Con este procedimiento se ha quedado solo en el campo carlista, como se quedó solo en el campo católico. Le estorbaba un carlista de abolengo, acribillado de balazos pues le acusaba de *liberal*.

Le estorbaba un Obispo, un Papa, un Santo Padre..... pues le acusaba de *liberal* también. Este era el proyectil. Cuál fuera la pólvora importaba poco. Unas veces era la supremacía del Rey sobre el Papa; *errores febronianos*..... Otras veces la supremacía del Papa sobre el Rey; *teocracia pura*..... Pero, por supuesto, lo primero siendo el Rey..... un Nocedal, y lo segundo..... cuando no lo era. Ejemplo de soberbia más satánica no se ha registrado en la Historia.

La verdad es que el espectáculo no puede ser más curioso. Ver al hijo del antiguo miliciano nacional, que jamás hizo alarde de su persona en los campos de batalla de la guerra civil, y cuyos errores en materia de religión jamás habían sido abjurados, fundar un periódico para secundar los planes de Cabrera, y con este arma favorita del *liberalismo*, y de la *revolución*, y de la *civilización moderna*, erigirse en Papa y en Rey; y contrarrestar las órdenes de los prelados y las Encíclicas del Pontífice, apoyado en la autoridad del Rey; y destronar al Rey apo-

yado en la autoridad de la Iglesia; y todo esto con la fuerza que unos y otros le dejaron adquirir permitiéndole fanatizar (*embrutecer* sería la palabra) por todos los medios más reprobados de la mala fé periodística á la masa católica y carlista del país, es un espectáculo tan.... curioso que nosotros no podemos dejar de ver en él la justicia de Dios. ¡Esta es la lógica de los hechos como ley suprema de la historia;

¡D. Carlos excomulgado, y destronado por tanto, como *liberal!* ¡Es todo un poema!

Con razón decía no hace mucho tiempo en el Ateneo el Sr. Pidal, hablando de los *íntegros*, que á semejanza de los jacobinos tendrían que acabar por excomulgarse á si mismos por *liberales*, como aquellos se gillotinaban á si propios por *sospechosos*. Son los mismos hombres vueltos del revés. (1)»

No sacaremos más recortes. Para qué? En sentido análogo se expresaron los demás periódicos; celebraron como pudieron las ocurrencias de D. Ramón y de su gente, y se hicieron lenguas, sobre todo, de su respeto á las «palabras que vienen de tan alto».... cuando niegan una jefatura.

Los pobres carlistas respiraron y durmieron por primera vez á gusto después de muchos años, ¡Menudo culebrón se quitaron de encima!

La verdad es que si Dios *nos hace la merced* de dejarnos á D. Ramón un poco más tiempo entre ellos, á estas horas no queda del partido ni los flecos de una boina para contarlos....

Actitud última del integrismo (es decir, *la más reciente*, porque *la última* vayan ustedes á saber cual será):

Hela aquí sintetizada por nuestro D. Ramón en la reunión de Agosto en Azpeitia:

«Nosotros tenemos una base fija de que partir: Todo liberalismo es pecado.

(1) *La Época*, 15 de Julio de 1888.

No es lícito votar á un candidato liberal, ni fusionista, ni conservador, ni ninguno.

¿No cabe hacer combinaciones para que triunfen nuestros candidatos? Si en algún caso resultara que la combinación sea tal que se logre debilitar el liberalismo robusteciendo nuestra causa, sí. Lo que no se puede hacer nunca, es votar á un candidato liberal *de balde*.

Total: ó no estaremos con ninguno ó *estaremos con el que nos dé más*, no á nosotros (ah! por supuesto) sino á la causa de Dios que defendemos »

O traducido en rompe-cabezas:

No debemos aliarnos con nadie.

Debemos aliarnos con cualquiera que nos dé algo.

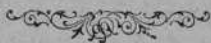
Damos por terminada esta tarea preparatoria.

Si no hemos logrado que en Valladolid conozcan ya por dentro y por fuera á los integristas confesamos que es porque no hemos sabido hacerlo mejor. O sinó diremos lo que los malos fotógrafos: que se ha movido el original. Y ciertamente que no es cosa fácil retratar á gente que cambia y se mueve tanto.

Me anuncian que D. Ramón y los suyos están ya entre nosotros. Que sean muchos, y que sean muy bien venidos.

Agradecidísimos les suponemos al reclamo que les hemos hecho, gratis, con estos articulejos. En los cuales esperamos que no han de hallar absolutamente nada que ataña á su vida privada: dentro de la cual, excusado es decirlo, los conceptuamos muy dignos, muy correctos como ahora se dice, y hasta muy buenos católicos. Y aun en lo tocante á la vida pública ¿quién sabe lo que nos reservarán para el día 22?

Todavía tenemos esperanzas de verlos convertidos.



IV

Decepciones.—Los grandes oradores integristas.—Consideraciones finales.

Pedimos perdón á nuestros lectores por la larga introducción que por lo visto sin merecerlo, hemos concedido á los sucesos integristas de nuestra ciudad. ¿Pero quién lo había de pensar?

Al leer aquellas proclamas llenas de fuego, aquellos «aurrerá! aurrera! aurrera!» «Sús y viva España!» «Por Cristo y por la patria á Valladolid!» al oír á D. Ramón en Azpeitia, en el último ensayo del presente entremés, anunciar una *exhibición* de oradores elocuentes en Valladolid, al leer en la proclama integrista de aquí, que nos tocaba ya la vez en la ventura, que íbamos á oír eminentes oradores «que venían á ennoblecernos desde los cuatro puntos cardinales» etc. etc. etc., aunque conocemos á los integristas, aunque sabemos que los tienen por aparatosos y vocingleros, y nos consta que el montón se les desmorona rápida y lastimosamente; en estos momentos próximos á la lucha electoral en que tienen verdadera necesidad de que creamos que existen en la realidad, y no solo en las columnas de *El Siglo Futuro*, que creamos que son un partido, (siquiera minúsculo, y nunca como ellos se llaman *el gran partido*

católico nacional,) esperábamos un esfuerzo titánico para mostrar que son algo, por el número, por la calidad de las personas, por el prestigio de *sus* principios políticos, por cualquiera cosa en fin.

Mala espina sí nos había dado ya leer en *El Siglo Futuro* lo de lo 300 comulgantes del Rosarillo, y las 700 cartas de adhesión, lo de los 300 telegramas recibidos de las provincias, y otras noticias tan estupendas que nos llegaron á hacer temer por un momento si al fin y postre el acontecimiento integrista vendría á resultar algo así como uno de tantos festejos de ferias, que los forasteros leen rimbombantemente anunciados en los programas, y no encuentran después en la ciudad.

Y así como lo temimos, y no sabe D. Ramón cuanto nos pesa tenerlo que decir, así efectivamente ha sucedido. Y sin duda no hemos sido nosotros los únicos ni los más dolorosamente chasqueados. Pruébanoslo, entre otras cosas, el serio disgusto de la comisión organizadora con la empresa del Frontón porque la sesión oratoria no podía prolongarse un minuto más allá de las dos de la tarde (y se concluyó ancha y espontáneamente á las doce de la mañana.) Y los altercados porque la empresa no entregaba más que las 2700 localidades que hacía el Frontón, pretendiendo sin duda que, en obsequio al integrismo, el local se ensanchase hasta la calle de Panaderos (y luego no llegó á ocuparse ni una mitad).

Esto de la escasa concurrencia, primera decepción que hemos sufrido ¡á qué tristes consideraciones se presta! Valladolid rebosando en forasteros que duermen al sereno por no tener efectivamente ya donde hospedarse... porque es la primera corrida de ferias, y los toros son *del Conde*: ningún otro entretenimiento por la mañana: espectáculo gratis y aun visita gratis por primera vez al Frontón: anunciados los grandes oradores del gran partido nacional: y con todo eso no se logra ni la mitad de la entrada. Hubié-

rased anunciado siquiera un *partido* de pelota entre Ondarrés y el Chiquito Aragonés, á tres pesetas la entrada, y se hubiese llenado el Frontón hasta los topes! ¿Puede ya esperarse nada grande de un país semejante? Déjele V. que se hunda del todo, D. Ramón: no merece que haga V. tanto por él.

La segunda decepción es la de la cantidad de los representantes de las provincias y de los antiguos reinos, que nos hace sospechar si en sus respectivas regiones andará el personal integrista tan sobrado como en la junta provincial y regional de aquí. Tercera decepción; y esta es más gorda, la de los oradores, que reducida la calidad á cantidad vienen á formar dos: uno el Sr. Gil Robles, medio D. Ramón, y otro medio entre los tres señores restantes. Cuarta decepción la de las doctrinas, que no son suyas....

Pero forzoso es ya, al menos para que estos artículos no concluyan como las pirámides, que intentemos una reseña, á la usanza reporteril moderna, de la magna sesión, con todo el aparato que su argumento requiere.

Mesa para la presidencia sobre un tablado á la mitad del borde de la cancha, otra pequeña á la derecha para el orador, abajo mesas para los taquígrafos de *El Siglo Futuro*, y para la prensa, entre la que hay representaciones de la local, de *El Liberal* y *La Epoca* de Madrid, y de toda la integrista del orbe terráqueo. Una media entrada, como hemos dicho, y muy heterogénea: muchas señoras y bastantes sacerdotes. Por el número de las manos que aplauden se deduce cuales son los afiliados, y que los curiosos forman más de las cuatro quintas partes del público.

A las diez y media de la mañana ocupan sus asientos el Sr. Necedal como presidente, y á los lados los señores Prada, Zabala, Gil Robles, Marqués de Valbuena y Vizconde de Alcira. Salva de aplausos. Dá comienzo la función.

El Sr. Prada dice breves palabras y cumpliendo el en-

cargo del gran partido católico nacional (extrañeza en el público) dá gracias á los representantes forasteros, presenta á los grandes oradores (*sic*) del gran partido católico nacional (rumores), y saluda á la ciudad de Valladolid (aplausos).

El Sr. Mariscal dice que viene á dar un mentís á los que sostienen que su partido está formado de viejos, y lo demuestra con su presencia... (las señoras enfilan hacia el señor Mariscal sus gemelos, y discuten acerca de la edad probable del orador; hay quien no le encuentra tan joven... algunas indican la conveniencia de que para evitar dudas hubiese presentado la fé de bautismo). Afirma que es de la hermosa Andalucía y que pertenece al pueblo que ora y trabaja (nuevas curiosidades entre el elemento femenino acerca de los trabajos á que se dedicará este simpático joven). Habla del mísero estado de Andalucía, atribuyéndolo á que no se observa la ley de Dios, hecha no para oprimir al pobre sino para atajar las demasías de los burgueses y de los ricos (las señoras empiezan á mirar con recelo al orador.) Dice que es tambien periodista; la mitad de los españoles cree que los periodistas son un oráculo; es mentira! la otra mitad cree que son unos pillos, bribones: es mentira tambien! El era liberal y á fuerza de periodismo se ha hecho integrista (D. Ramón se escama y mira con el rabillo del ojo al orador). Hay periodistas honrados, pero los que trafican con la prensa son unos parásitos del público (el presidente se escama otra vez y vuelve á mirar al orador: el Sr. Mariscal abandona por fin la parte escabrosa de su discurso). Desea que aquí donde nació Felipe II, vivió Cervantes y murió Colón, empieze la restauración católica nacional. Dice que ayer como católicos protestaron contra los sacrilegios de Roma, y hoy como español saluda á los soldados de Cuba que pagan los desiertos de los políticos, y cuyas madres (las de los soldados) tardan en saber meses de sus hijos, porque el gobierno

escatima en telegramas lo que malgasta en embajadas inútiles. Dice que los buques se hunden en las aguas el uno por vergüenza de haber conducido moros, y el otro avergonzado porque no le han dejado perseguir piratas. (El público aplaude con gusto al simpático orador, y de los tonos y textura de su discurso deduce que efectivamente debe ser más joven de lo que parece.)

Habla despues el Sr. Parellana, catalán, enfático y ampuloso, y como mira continuamente á todos lados, sin duda para observar el efecto que causa su oratoria en el público, se pierde gran parte de su discurso. Y fué verdadera lástima, porque aunque es de los que ya de lejos apestan al aceite, como decía hace poco un orador muy distinto de estos, lo poco que oimos nos parece bastante bueno. Se extiende en consideraciones históricas, recordando que don Pedro Ansurez casó con la hija de una de las más estimadas glorias de Cataluña. Habla de los pocos monumentos de Valladolid respetados por el vandalismo oficial, y consagra un recuerdo al templo de San Ambrosio, donde el P. Hoyos escuchó aquellas consoladoras palabras del Corazón de Jesús: «Reinaré en España....» Dice que debemos trabajar todos por la gloria de Dios para poderle luego decir: «Señor, nosotros ya hemos hecho todo lo posible, cumplid vos ahora vuestra palabra.» (Aplausos repetidos. El orador tiene la peligrosa costumbre de beber agua sin sacar la cucharilla de la copa, y hubo un momento en que nos asustamos creyendo que se la había tragado.)

Toca el turno al Sr. Lázaro, leonés, orador de tonos irónicos, que dice con voz calmosa y apagada que viene á refrescar el calor, (suponemos que de la atmósfera) con la oratoria reposada de un castellano. Dice que los pueblos no tienen la constitución que necesitan, y que España tiene derecho á exigir la que merece. No sabe qué decir; tiene hace 4 años una pena en el corazón, y vive separado de las contiendas políticas. Asegura que en el programa de

su partido no hay fusiles ni cañones, las solas armas de que dispone son el raciocinio y los votos (si se los dan). Que están formando un ramo de discursos para regalársele á Valladolid, él es la rama de follaje que los liga: faltan dos flores. (Salva de aplausos. Uno de Azpeitia, que se ha dormido, se despierta diciendo: Pero ¿cuándo salen los oradores?)

El Sr. Gil Robles, como evocado por las palabras del azpeitiano, sale á la tribuna, y pronuncia un bonito discurso, muy celebrado y aplaudido, contra el librecambio. El tema no puede ser más simpático á la mayoría de los concurrentes: las frases del orador, no todas inteligibles para el público, suenan, sin embargo, como dulcísima melodía en los oídos de los empobrecidos y esquilados hijos de Castilla.

Empieza comparando la situación del país en estos desdichados tiempos de liberalismo, con la de aquellos otros en que los pueblos seguían la bandera de Cristo, no había libre cambio, y España vendía á buen precio los ricos productos de su suelo. Entonces no se gastaban dineros en sostener la hegemonía de la nación (hegemo... qué? nos pregunta uno de Cigales que está al lado nuestro) como hoy que la mitad del presupuesto de gastos sirve para satisfacer las voracidades de los políticos, llevándonos á tal decadencia que nos abofetea el marroquí, y nos escupe el grosero sajón americano. Los liberales no pueden ser lógicamente proteccionistas, porque el proteccionismo no encaja en el sistema, y las supuestas asociaciones proteccionistas no son, dice, más que señuelos con que os cazan los votos aventureros políticos sin conciencia (algunos antiguos *liga-agraristas* que hay entre el público, se hacen los distraídos mirando la techumbre del salón.) La igualdad del liberalismo es un igualitarismo mal sano, que quiere borrar diferencias nativas é irre-

mediables: no es peor el trabajo de nuestros labradores, pero no puede compararse la producción de las decrepitas tierras de Europa con las vírgenes de América, que dan tres cosechas al año.

Insiste en que cuando el partido liberal de turno, Cánovas ó Sagasta, levanta la bandera de protección, pronto se arría, resultando una protección de perros chicos, porque como no cabe dentro de los principios liberales que informan la vida del partido, tienen que venir muy pronto las componendas, porque si no se hunde el tinglado parlamentario y se acaba el entremés. Conclusión; los proteccionistas verdaderos tienen que irse con Nocedal (que es el fabricante que tiene sin duda la patente de invención). Los nocedalistas no sólo subirían los aranceles sino que hasta llegarían á la prohibición en ciertas circunstancias.

Habla contra el parlamentarismo, y dice que mientras dure no pueden reducirse los presupuestos, porque es farsa que exige mucho dinero para pagar tramoyistas y comparsa.

Quiere igualdad en la tributación, que desaparezca el odioso privilegio del cupón, y que toda riqueza esté sometida al impuesto; no sólo la que es fruto del honrado trabajo, sino también la que viene por el turbio y cenagoso río del agio.

Reivindica para el cristianismo la palabra «democracia», y dice que es la posesión de las libertades históricas.

Que para la defensa de las pequeñas fortunas y de las pequeñas industrias hace falta resucitar el gremio, casa solariega del pueblo, que nació y sólo puede restaurarse á la sombra de la cruz. Enumera y elogia sus ventajas y termina diciendo: aspiremos ó soñemos más bien con otros tiempos venturosos, en que los gremios, guiados por el pendón abacial, como antes contra los muslines y almohades, luchen y venzan por Dios, por la patria y por la

libertad (Aplausos ruidosísimos; el orador es muy felicitado).

Gran expectación. Se levanta y hace uso de la palabra don Ramón Nocedal (Son las once y cuarto de la mañana, y la sesión había empezado cerca de las diez y media). Dice que no va á hacer un discurso (frase ya muy *cursí*, D. Ramón) que ya han hecho lo que tenían que hacer: arreglar cuestiones particulares, y que los amigos se enteren de que su partido no es un hombre, y tiene oradores elocuentísimos, como los que se acaban de oír.

Antes de entrar en materia, y si la encuentro que ahora no la tengo (el de Cigales se sonríe socarronamente y afirma que la tiene en un papelito, detrás de la campanilla), voy á dar una demostración más evidente de que sólo queremos servir á Dios y á la Patria y la demostración es evidente (el orador se *lía* un poco, y nos suelta otros cuantos "evidentes"; es indudable que este párrafo no huele á aceite). Dice, por fin, que la demostración está en su insistencia, su testarudez en no recibir nada, ni el poder, ni hacer alianza con nadie (hay malas noticias sin duda de Silvela) que no quiera servir á Dios y á la Patria.

Expone las impresiones que le han producido los monumentos de Valladolid y que le han convencido de una cosa que hoy parece incomprensible: que en España hubo un tiempo en que se ahorcaba á los ministros, aunque no eran responsables: D. Alvaro de Luna era ministro y le ahorcaron, D. Rodrigo Calderón era ministro y le ahorcaron; lo que le obligaba á exclamar: ¡benditos, dichosos, felicísimos tiempos en que los ministros no eran responsables! (frases de gran efecto, y las únicas tal vez de todo el discurso. Uno dice *sotto voce*: ah, si te oyera tu padre!)

Expone después cómo tuvo origen la nación española en tiempo de Recaredo bajo la bendición de San Lean-

dro, cómo se desarrolló luego y engrandeció llevando con sus dominios, la religión, las ciencias y la filosofía á las cinco partes del mundo. Que luego las irrupciones de los bárbaros, la de los franceses y la revolución lo habían devastado todo.

Explica su actitud diciendo que quieren ser grandes como sus padres, y por el camino que ellos lo fueron. Que ni son políticos, ni son partido: los políticos se asocian para llevar al poder las ideas y las personas, para luchar entre sí cuando la prensa es pequeña y no alcanza para todos, y para repartirla en paz si hay bastante. Que él es labrador (hablando á castellanos, excusado era decirlo) otros son industriales, otros ejercen profesiones, etc.; pero que todos son exclusivamente católicos y españoles, y quieren agruparse para acabar con los bandos políticos, y que España sea para los españoles.

Queremos libertad, dice, pero no la de decir los desatinos que nos ocurran, ni la que perturba las conciencias, ni la que trae el matrimonio civil, é iguala á la esposa honrada con la manceba que bendice el juez municipal. No queremos que nuestros hijos vayan á las escuelas y á la Universidad, y tropiecen con maestros impíos que les destrocen la inteligencia con asignaturas inconexas y estudios estúpidos, y después les arranquen la fé. Libertad para ir á las Cortes á defender los intereses de los pueblos, no á ser juguete de los partidos que viven de la política. Que no se pidan contribuciones sin nuestro permiso, según nuestras antiguas leyes, que ni Carlos V, ni Felipe II en toda su grandeza, se atrevieron á modificar sin el concurso de los procuradores de los pueblos. Quitar esa odiosa desigualdad ante el impuesto. Levantarse como un solo hombre contra todos los políticos, que ya se vé que son incapaces para salvarnos, puesto que ninguno lo ha hecho. (En este momento pasa frente á nosotros un hombre con un fajo de fotografías de D. Ramón: veinte manos

entusiastas se dirigen á tomarlas. El hombre indica tímidamente que se venden á peseta, y las manos se retiran: es lástima entretenerse y perder los hermosos párrafos del orador.)

Dice que es espantoso que esta sociedad se esté derrumbando, y cita como ejemplo lo que acontece con la desacreditada república francesa, y no se acabe de derrumbar, solo porque no hay una fuerza salvadora que la sustituya. La culpa es suya, nuestra, de todos, que no nos levantamos como un solo hombre contra este estado de cosas.

Nuestro programa, termina diciendo, son los principios consignados en las encíclicas de Leon XIII, y en las tradiciones pátrias confirmadas por muchas generaciones. Nuestros procedimientos, los señalados por el Papa á los peregrinos españoles. Nuestras armas, la prensa y el voto dentro de la legalidad para derrumbar y raer los partidos liberales, y llevar á gobernar, con cualquiera persona, y con cualquiera forma, que es para nosotros accidental, los principios que han informado la vida de quince siglos. (Aplausos de rúbrica pero con notoria frialdad. El éxito ha sido del Sr. Gil Robles. Son las doce de la mañana. Se levanta la sesión.)

Otro párrafo muy expresivo leemos en un colega, párrafo que no se pronunció, estamos seguros de ello, pero que tal vez al orador se le quedó en el tintero, ó mejor dicho en el papelito que vió detrás de la campañilla el de Cigales; es el siguiente:

«Por eso nosotros no iremos á buscar á ningún hombre ni á ningún partido, pero aceptaremos cualquier persona, cualquier forma, esta es para nosotros accidental, con tal de que esa persona ó esa forma política acepten antes nuestro programa, vengan en fin á nosotros para restaurar la gloria y el esplendor de esta patria querida, en otro tiempo dueña y dominadora del mundo.»

¡Muy propio! como dice el alcalde de *Los Africanistas*. Este es á modo de cartel de ferias, oportunamente pegado en el periódico que más circula, anunciando que el partido católico nacional se alquila á cuenta de votos para las próximas elecciones. Podían haber añadido que los huéspedes actuales no han de molestar á los que vengan porque son pocos y de buen componer: solo exijen á estos que sean *católicos*, y lo son en España desde D. Ramón hasta Pí Margall; y que sean *españoles*, condición más facil de reunir todavía.

Cumpliendo ahora nuestra misión de cronistas, diremos que, según pudimos observar, D. Ramón no ha satisfecho con su discurso ni á íntegros ni á curiosos: aquellos echaron de menos esas valientes afirmaciones católicas, patrióticas y guerreras á que les tiene acostumbrados, hasta aquellos consabidos vivas finales, siempre de mucho efecto, que, inocentes como son, aun siendo los menos sus amigos, hubieran sido allí bien contestados. Los curiosos hallamos un discurso mediocre, sin médula, incorrecto en el estilo y desordenado. Premioso, machacón, y con poca fijeza de ideas, D. Ramón tan pronto, protestaba de que les llamasen *un partido*, como el mismo se lo llamaba á boca llena. Unos y otros, es natural, esperábamos esas declaraciones político-trascendentales que requería una reunión tan aparatosamente preparada. Pero ¡que lo hemos de hacer! D. Ramón por lo visto no ha podido dar más de sí. Por algo se preparó en Azpeitia diciendo, en una de esas contradicciones tan frecuentes en él, que los oradores no sirven para nada.

Tal ha sido, en resumen, la función celebrada hoy en el frontón de *Fiesta Alegre*.

Vayan ahora las consideraciones finales ofrecidas, pero brevísimas, porque ni queremos abusar de los lectores, ni la cosa merece que en ella gastemos más tiempo.

Los que se permiten la ridícula vanidad de creer que con un amasijo de doctrinas ajenas, y con unas cuantas docenas de buenas gentes tienen ya formado el gran partido católico nacional, nos permitirán á nosotros la pequeñísima de creer que D. Ramón nos ha hecho el singular honor de leernos, y dando como cosa hecha que nuestros artículos son conocidos ya de todos, ha creído ocioso repetir lo que hemos dejado consignado, es á saber: la historia ó procedencia de *su partido*, y sus relaciones con la Iglesia y con la política del carlismo.

Sólo así se explica su silencio, por todos extrañado, sobre puntos tan esencialísimos, en la actitud en que se hallan colocados.

Con qué elementos se ha formado ese gran partido? Quién le ha dado la investidura de católico y de nacional? Sería un poco curioso saberlo. Sería también curioso saber, puesto que el partido es ante todo y sobre todo *católico*, en qué situación se encuentra con la verdadera agrupación católica, con la Iglesia y con sus jefes los Obispos y el Papa, que ya hemos visto que en esto hay sus más y sus menos. Y puesto que en política es *anti-liberal*, tampoco estaría demás saber por qué no está dentro de ese antiguo partido, donde antes que los nocedalinos vieran al mundo se sostenían ya esos principios, que se defendían en las Cortes y en los campos de batalla; donde don Ramón y su padre los aprendieron, ya que también, como el Sr. Mariscal, habían sido antes liberales; y de donde por fin los han tomado, ocultando hoy cuidadosamente su origen, acaso para que cuatro páñflos los tomen como suyos. Silencio absoluto en todas estas cuestiones.

Porque mientras en contra no se den algunas razones, la lógica que se impone es ésta: Los que como buenos católicos quieren defender la causa de la Iglesia, preferirán ponerse á las órdenes de sus jefes, el Papa y los Obispos, no siempre seguidos por estos *papas* de levita. Y los que

detestan el parlamentarismo, los que amen el proteccionismo, etc., no irán lógicamente con el Sr. Nocedal, como decía el Sr. Gil Robles, se irán más lógicamente todavía con los carlistas.

Algo sobre esto pudiera haber dicho D. Ramón, por si alguno de los concurrentes no lo sabía, y no había leído los artículos de LA CRÓNICA.

Para qué sirve, pues, ese conato de nuevo partido en la escena española, si en lo católico tenemos ya á la Iglesia, y en lo político al carlismo? Pues sirve..... para lo que sirve, y no volveremos á citar palabras del Sr. Mariscal; y sirve para darse ínfulas de jefe nuestro buen D. Ramón, porque la *jefomanía* parece que es una especie de obsesión ó *chifladura* hereditaria en la familia; y sirve ó quiere servir, y esta es la más negra, para separar y dividir á los católicos pretendiendo ser católico, y para separar y dividir á los carlistas, pretendiendo combatir á los liberales. Por eso los prelados les llaman los peores liberales, y don Carlos los califica de traidores.

Dividir, separar, ésta es la triste misión que cumple en la historia el Sr. Nocedal, siguiendo las huellas de su padre, que, como ya le dijo Aparisi, "no unía, disolvía". Este era también el papel de aquella antigua secta, que del verbo hebreo *separar* (1) recibió nombre, que también amaba ocupar el primer puesto en las sinagogas, también se creía depositaria é intérprete de las tradiciones, y cuyos individuos, teniéndose por los mejores y más íntegros de aquel tiempo, y pagando diezmo hasta del comino y del eneldo, hacían luego lo que el Sr. Nocedal y los suyos..... saben.

Por lo demás sabido es que los discursos y los documentos de los nocedalinos, como les dijo ya cierto perió-

(1) *Pharas*, de donde *phariseos*.

riódico católico de Alemania (1) «dan más que pensar y lamentar por lo que callan que por lo que con tanta prolijidad manifiestan». Hasta en Belchite, digo hasta en Alemania, conocen ya los enredos y picardigüelas de este don Ramón!

Basta. No nos preocupemos demasiado de estas minucias, porque, al paso que van, los intentos nocedalistas no llegarán á cosa mayor. *De visu* hemos podido convencernos hoy de que las maniobras integristas resultan demasiado inocentes y bufas, y mucho nos tememos que ni siquiera resulten «otro señuelo más con que aventureros políticos y sin conciencia cazen los votos de los incautos», según dijo de los otros el Sr. Gil Robles.

(22 de Septiembre de 1895.)

(1) *Die Koelnische Volkszeitung*, importante diario católico de Colonia, bien ajeno á estas luchas, y que sin embargo dá un buen recorrido á *El Siglo Futuro*, y á su patrono, con motivo de la pretendida formación del nuevo partido católico.



V.

Un año después.—Últimos tropezones del integrismo.—Descanse en paz.—El verdadero partido católico español.

Un año vá transcurrido desde que los integristas realizaron el *acto* (de algún modo hemos de llamarlo), que motivó la publicación de las anteriores cuartillas. Un escritor, muy práctico en achaques de integristas, asemejó tiempo después la reunión de Valladolid, y la fantástica fundación del nuevo partido católico, al último cambio de postura del enfermo que se siente morir. Y hasta profética ha resultado la comparación, porque lo cierto es que desde entonces, y, pasados aquellos primeros momentos de alborozo y falaces manifestaciones de vitalidad, el liliputiense partido que, como todos han podido advertir, iba ya muy de capa caída, ha seguido en rápida y progresiva decadencia, llegando en la actualidad á un estado por todo extremo deplorable.

Parécenos, pues, conveniente dejar ya encerrado en unas pocas líneas más el lastimoso relato de sus postrimerías; que hasta de faltos de caridad podría tildársenos sí, después de haber acompañado al neo-integrismo desde que apareciendo en la escena de la vida dió aquellos sus



primeros vagidos anti-carlistas, le dejásemos ahora abandonado en sus últimos momentos, y en el trance supremo de la muerte.

No contribuyó poco á precipitar la total ruina de la novísima hechura nocedalista un hecho extraño, que siguió muy de cerca al nacimiento del gran partido católico nacional. Necesitaba este, de toda necesidad, una especie de consagración oficial de los altos poderes de la Iglesia, una aprobación solemne, un hecho de resonancia que justificase su dictado de católico, ya que para esto no tenía fuerza suficiente la conocida historia pública de los fundadores. No había que pensar para ello en los Obispos, que conocen demasiado el pié de que cojean los íntegros, aparte de que, quién sabe si el bueno de D. Ramón que, como dijo Cánovas en aquellos días, está siempre oficiando de obispo de levita, quién sabe, digo, si le consideraría con talla bastante para ello. Era pues necesario dirigir la vista más alto, y alcanzar á toda costa para el recién nacido una bendición papal, con que atornar después los oídos de toda la mestería del universo.

Propicia y bien buscada fué la ocasión. Era aquel 20 de Septiembre en que la masonería italiana celebraba con ruidosas sacrílegas fiestas el asalto y ocupación de la ciudad de los Papas. Los corazones del mundo católico, vibrando al unisón, enviaban afectos y consuelos á su Padre común, y le expresaban por todos los medios posibles sus sentimientos de adhesión filial, y de protesta contra la Roma revolucionaria. Y entonces, entre tantas explosiones de amor respetuoso, llegó también á la ciudad eterna un caluroso, magnífico é incomparable mensaje-protesta de los integristas congregados en Valladolid.

Pero ¡suceso inexplicable! el gran Leon XIII, que se dignó contestar afectuosa y paternalmente á cuantas colectividades é individuos, altos ó humildes, se le habían dirigido, se olvidó únicamente de contestar al gran par-

tido católico nacional, que aun está esperando respuesta á su mensaje!!

.
Serán posibles ya más desdichas que las que caen sobre D. Ramón y su gente? Ellos, los verdaderos tradicionalistas, condenados por el augusto jefe del tradicionalismo; ellos, los verdaderos católicos, desdeñados por el supremo Jerarca de la Iglesia! Qué apellido queda ya que ponerse á los cuitados? Qué nombre se darán en lo sucesivo?

Se comprende que la preterición de Roma les fuese sobre todo dolorosísima. *El Regional*, periódico de la secta, en un artículo titulado "Meditemos," rechinó los dientes de la manera más piadosa posible, haciendo algunas consideraciones muy sentidas acerca de lo extraordinario de esta omisión.

Después de hacer constar lo que vale y puede aquella agrupación política, "fuerte y numerosa, decidida á reconstruir el reinado de Cristo y arrojar del mundo, si posible le fuese, á Satanás y á todos los imitadores de Lucifer con sus sistemas, trampas y farsas de perdición y mentira," observa por otro lado «el gran ahinco, el empeño continuo con que Su Santidad reivindica siempre y en toda ocasión, oportuna é *importunamente* (advertían ustedes que no llega á llamarle *pesado*) los Estados pontificios y la libertad de su ministerio de Pastor universal," y nota la inconsecuencia de que no se unan y combinen estas dos corrientes.

Que es como decir: nosotros (*nosotros*, lo primero) somos muy fuertes; el Papa muy necesitado: ¿por qué el Papa no se une á nosotros?

"Bastaba una sola frase de agradecimiento á estas *fuerzas políticas*, añade; bastaba la sola aceptación de sus deseos en cuanto tienen de realizables; bastaba una sola palabra de aliento á ese grupo político *como tal*, para que

las fuerzas de este grupo *se acrecentasen* (Ah!) y se aumentase su entusiasmo, y se preparase para ulteriores reivindicaciones en bien de la Religión y de la patria».

“El partido católico nacional ha esperado en vano.,
Qué compasión!

Dándose á buscar la razón de «tan marcados desde-nes», *El Regional* la encuentra en «la maldita diplomacia liberal, que podrá ofrecer grandes cruces, medallas y condecoraciones á personajes eclesiásticos, que podrá acercarse á las rejas del Vaticano y dorarlas»....

Basta, amigo *Regional*, ya le hemos entendido á usted!

Y por qué D. Ramón no ha congregado inmediatamente otro concilio en Soria, á semejanza del que reunió en Burgos, y publicado otro Manifiesto como el de marras, ahora contra quien le hace objeto de *tan marcados desde-nes*, y por tan..... tan especiales motivos? Incomprensibles misterios integristas.

Son muy de meditar, de todos modos, las situaciones tristísimas en que las circunstancias vienen colocando á la entusiasta y batalladora grey nocedalina. Arrojadados del carlismo, tráense de allá nombre y bandera, y cuando forman el «gran partido tradicionalista» se ven obligados á borrar de su credo la primera de las tradiciones españolas: la de la Monarquía católica, símbolo de las glorias patrias, y compendio de todas las demás tradiciones. Reconstitúyese luego con el nombre de «gran partido católico» alardeando de religión cuanto antes alardearon de realismo, y el Papa les niega su bendición. Es ser verdaderamente desafortunados.

Y siquiera á D. Ramón en medio de las ruinas de sus flamantes partidos, quédale el consuelo de hacerse llamar á todas horas en su periódico *el Windthorst español*, bien que, con tan menguadas huestes y dirección tan desdichada, apenas si resulta un Windthorst de perro chico; pero, qué premio, qué compensación queda ya para sus fieles y

constantemente partidarios? Ninguna se nos alcanza, si no es la de seguir siendo suscritores de *El Siglo Futuro* y demás periódicos de la banda.

Desgraciadamente también —y confesamos que nos apena el espectáculo de tan continuadas lástimas— los íntegros forman ya hoy, según confiesan sus mismos periódicos «un grupo reducidísimo», y si á D. Ramón no le ocurre pronto, muy pronto, alguna idea salvadora, el proyecto de algún nuevo partido por ejemplo, que aliente y retenga en su puesto á los cuatro amigos particulares que le quedan, no correrán ya muchos días sin que pase definitivamente á la historia. Todos se han ido desengañando de que vivían fuera de la realidad, todos han ido viendo la burda hilaza de lo que en un pronto creyeron tela primorosa, y unos al carlismo, otros colocándose en grupitos frente á D. Ramón, estos á su casa, aquellos como el alma de Garibay sin saber á donde dirigirse, todos han ido retirándose silenciosamente por el foro, y distanciándose más ó menos honestamente del Romero Robledo tradicionalista. Aquel gran Sardá y Salvany, águila del integrismo, aquel Orti y Lara que fué su nervio y brazo derecho, los Rivas y Campion, facedores de toda clase de proezas en tierra navarra, los Gil Delgado, y tantos otros que fueron lustre y prez los unos, relleno los otros del integrismo ¿adonde están?

Con laudable franqueza decía, ya hace unos meses, *La Tradición Navarra*: «Es el partido íntegramente católico tan sumamente reducido, que á duras penas y más por la casualidad que por propias fuerzas (no nos duelen prendas) ha logrado sacar triunfante un diputado (1).»

Al abandonar últimamente el Parlamento las minorías carlistas por no querer asumir responsabilidades, ni aun

(1) El Sr. Lázaro, de León, católico sincero que confiesa ingenuamente que muchos de sus electores no se habían enterado de que no era carlista.

con su voto negativo, en la aprobación del malhadado proyecto de auxilios á los ferro-carriles, y de las escandalosas actas electorales de Madrid, protesta viril y patriótica que la nación entera aplaudió calurosamente, observáronse en los íntegros corrientes nada veladas para reingresar en el carlismo; pero, á pesar de que el Sr. Gil Robles, el único hombre de valía que acaso queda ya al nocedalismo, declaró paladinamente en su periódico *La Información* que no hallaba nada que objetar al Manifiesto de aquellas minorías, pretendieron que el nuevo ingreso se hiciera acatando los íntegros todas las jefaturas carlistas, pero conservando *su* bandera y *sus* doctrinas, más que como hoja de parra, para justificar la formación de un grupito dentro del carlismo, colocado á la izquierda, á la derecha ó en cualquiera parte; pero regido por el indispensable D. Ramón, que ha de ser jefe hasta que se muera.

Pero no convenía sin duda á los intereses de la comunión carlista, representación genuina de la España cristiana y tradicional, admitir en su seno partidos menores, centros, derechas ni izquierdas á la nueva usanza, bandos de transigentes é intransigentes; porque muy luego hemos observado por el lenguaje descompuesto de la prensa de los nocedalistas, que estos renuncian generosamente á la mano de D.^a Leonor.

Vengan cuando quieran á nuestro campo, suponemos que dirían harto escamados ya los carlistas, todos los hombres de buena voluntad, aunque sean integristas arrepentidos; pero *el grupo* amonestado por la Iglesia, y rebelde al Rey ¡jamás!

Y, hablando con franqueza, creemos que hicieron cuerdamente. El integrismo como tal (y dejamos siempre á salvo el respeto que particularmente nos merecen sus individuos) es una levadura malsana capaz, aunque microscópica, de hacer fermentar por su contacto, las masas de más pura y probada lealtad.

Ni una palabra más. El integrismo agoniza. ¡Paz á los moribundos!

* * *

Pero no dejaremos la pluma —ahora que podemos escribir sin los velos y atenuaciones á que obliga el hacerlo en un periódico no político— sin averiguar y desentrañar lo que, entre sus monstruosas contradicciones, pueda ocultar de verdadero la agrupación política que acaba de ocuparnos. Ella representa, según hemos visto, una equivocación, un error lamentable; pero el error es siempre *una caricatura de la verdad*, y sin alguna apariencia de ésta, el error no podría lograr ni un momento de vida.

Dejemos, pues, de fustigar el *error*, y, seriamente como ella merece, hablemos ya de la *verdad* que en él subsiste desfigurada y contrahecha: hablemos, en una palabra, del verdadero partido católico español.

Satirizando el error creemos haber hecho una *buena obra*; mostrando ahora imparcialmente la verdad, aún creemos hacerla mejor.

La conveniencia, ó más bien la necesidad de un gran partido católico en España especialmente, como en todas las naciones que viven corroidas por lo que se ha llamado el Derecho nuevo, en oposición al Derecho antiguo y cristiano, nace del espectáculo que nos dan estos pueblos, caminando á pasos de gigante, y en medio de tantos innegables progresos materiales, á su ruina moral y social: retrogradando sin fé y sin ideales por una especie de involución, que parece marchar paralela al progreso material, á un estado de culto y dorado salvajismo, cien veces peor que el que se supone en los pueblos primitivos, para venir á parar al cabo en un completo y total desquiciamiento.

La catástrofe se aproxima según todas las señales. Ciego será quien no vea cómo la sociedad se derrumba con

estrépito por la pendiente de las negaciones y del escepticismo, y muy torpe quien no sienta la necesidad de salvarla por el único camino que ha sido y será siempre el de toda verdadera civilización: por el catolicismo; ya que la Iglesia, es, como su divino fundador, la única redentora del hombre y de la humanidad. Parodiando la frase célebre de un ilustre higienista, pudiéramos nosotros decir con más razón: la sociedad se hunde por las negaciones materialistas, y hay que salvarla por las afirmaciones cristianas. Por eso, porque se siente vivamente esa necesidad, á la manera que en la verdadera ciencia el espiritualismo renace hoy con más vigor que nunca, así en el orden social se observa también manifiesta y evidente, con esplendorosa luz meridiana, la tendencia cada día más marcada á la regeneración por el espíritu religioso: LA VUELTA A DIOS.

Y que no se tachen nuestras apreciaciones de *misticismo trasnochado*, *reacción oscurantista* y otras alharacas por el estilo: estas reflexiones se imponen, y las hace hoy todo hombre pensador cualquiera que sea su procedencia, si discurre con cordura, y habla con sinceridad. Esas tendencias espiritualistas y salvadoras fermentan hoy por modo manifiesto aun en los fondos más corrompidos de la sociedad.

Así hemos visto sin sorpresa al viejo Julio Simón, el apostol del socialismo, que cuando el sitio de París recorría las alcaldías predicando la guerra al clericalismo, á la Iglesia y á Dios, escribir últimamente en *Le Figaro* (Febrero de 1894) un artículo titulado «La defensa social», donde se leen párrafos como el siguiente:

«Francia hace algunos años pareció renunciar á Dios; es preciso que vuelva á El: allí está la salvación. La violencia exterior puede mucho; pero sólo la violencia interior lo puede todo..... ¡Pobre sociedad que te confías al sacrificador, á Dios es á quien hay que volver!»,

Y, sin extrañeza también, hemos oido proclamar, en

Septiembre del mismo año, la necesidad de levantar la bandera de *Dios, Patria, Rey*.... no á cualquier carlista de esos que llama todavía *fanáticos y retrógrados* un resto de progresistería *cursi*, sino al propio Crispi, el presidente del Consejo de ministros de la Roma antipapal.

Si así, pues, piensan los Crispi, los Julio Simón, y tantos otros *ejusdem furfuris* que pudiéramos citar, natural es que con mayor motivo piensen de la misma manera los católicos; y que teniendo sus ideales por los únicos salvadores traten en consecuencia de llevarlos al gobierno de las naciones, agrupándose y confundiéndose en estrecho haz. Ni sorprenderá que se forme, por ejemplo, en la protestante Alemania el poderoso Centro católico, ni que muchos de los españoles, un poco dados siempre á copiar lo de fuera, sueñen también como soñaron los Nocedales, aunque más generosamente y menos en propio provecho, con la formación en España de un gran partido católico-político, ó siquiera de un centro que aune la acción política de las católicos de los diversos campos, en cuanto se refiere á los gravísimos problemas religioso-sociales.

Afortunadamente en España tenemos ya en la Comu-
nión carlista, un partido fuerte (y decimos partido por-
que aunque impropia, esta palabra es la que mejor ser-
virá para entendernos), que representa genuinamente
aquellas tendencias salvadoras (1), un partido esencial-

(1) Para la resolución de este problema de una restauración política esencialmente católica, España se encuentra en las mejores disposiciones. Por todas partes los católicos forman núcleos de mera oposición que persiguen su ideal, teniendo que darse por satisfechos generalmente con la hipótesis de un mal menor: los reyes ó no son católicos, ó están supeditados al liberalismo; las antiguas dinastías católicas y legítimas ó se han extinguido ó están reducidas á la impotencia; y los presidentes de república, dado que fuesen católicos, tampoco podrían ejercer presión en ese sentido. En España solamente es donde hay un partido católico íntegro, el carlista, con prin-

mente católico, y aun podemos decir *el único católico*, porque si bien en todos hay hombres de probado catolicismo, y desde todos en más ó en menos puede ayudarse noblemente á la Iglesia, y con la Iglesia á la sociedad, sólo el partido carlista está como tal *informado en todo y en parte por las enseñanzas infalibles de la Iglesia de Dios*.

Y aquél á quien parezca muy cruda esta afirmación, que nos cite otro de quien pueda decirse lo mismo.

El carlismo no es, decíamos, propiamente un partido; es, como ha dicho el conde de Doña Marina “el pueblo español que guarda intactas sus creencias religiosas civiles y políticas, y conserva fidelidad al descendiente ó sucesor legítimo de sus antiguos soberanos.» Porque la revolución que derrocó los tronos de las naciones latinas, al ligar á su carro la suerte de los tronos nuevamente formados, hizo, por lo menos aquí en nuestra nación, que las antiguas tradiciones de la Patria, y más señaladamente la tradición religiosa, encarnase, por necesidad, en el representante de la Legitimidad, y en la España que se le conservó fiel. Precisamente obligada por el que ella cree uno de sus primeros deberes de católica, nunca ha hincado esta España la rodilla ante la *legalidad* triunfante, ni ha dejado de venerar en el fondo de su alma, con la *legitimidad* conculcada, las santas tradiciones que la hicieron gloriosa en mejores días.

Y así vive “afrontando hace más de medio siglo las injurias y las calumnias de los que la odian, en gran parte *porque no la conocen*, sin plegar ni un instante su bandera; y aquí, donde los partidos y los políticos cambian y mudan de principios y conducta, defendiendo hoy lo

cipios no liberales asentados y fijos, y con una dinastía identificada con los intereses y la causa de la Iglesia.» (*El Carlismo es una esperanza*, por don Guillermo Estrada, catedrático de la Universidad de Oviedo.)

que combatieron ayer, la comunión tradicionalista ve pasar á su lado, deshechas por la tempestad de un día, esas fábricas, endebles como la base en que se asientan, y permanece cada vez más firme con una vida que los años renuevan. (1),

Innecesario es añadir que ese partido esencialmente católico, totalmente informado por la doctrina católica, —puesto que, así como el liberalismo es la aplicación del racionalismo materialista ó positivista al gobierno de los pueblos, el tradicionalismo español representa esa misma aplicación de la doctrina católica—innecesario es añadir, decimos, que ese partido ha estado siempre sumiso á las enseñanzas de la Iglesia, reconoce en ella todos los derechos que ella se reconoce, es el primer auxiliar de cuantas obras ella emprende ó recomienda, y por ella, en fin, está dispuesto á todo género de sacrificios.

La grande y constante vitalidad del carlismo es manifiesta, y hoy hasta sus contrarios tienen perfecta conciencia de su pujanza y valer. Precisamente, cuando ha fracasado por completo el parlamentarismo, esa gran mentira, que ya nadie en serio defiende, y que nunca sirvió más que para difundir el veneno de las discordias políticas llevándole hasta las más pacíficas y apartadas aldeas, para dar pábulo á la escandalosa empleomanía que nos consume, y para asegurar la impunidad de las inmoralidades y dilapidaciones que nos deshonoran y arruinan; y cuando se han agotado y desacreditado del mismo modo todos los resortes de gobierno del régimen actual, la Comunión carlista aparece organizada, potente, vigorosa, llena de vida, mostrando, frente á esos sistemas raquíticos que nos acaban, aquellos principios cuya virtualidad hizo á España la primera nación del mundo.

(1) *Manifiesto de las minorías carlistas* (*El Correo Español*, 7 de Septiembre de 1896).

Y ya se oye por todas partes, y la misma prensa liberal confiesa sin rebozo su poder, y sin causar escándalo en el público, y sin producir la más mínima emoción en las muchedumbres, habla de la posibilidad, de la probabilidad y aun de la necesidad del triunfo de D. Carlos. «Solo quien esté loco de atar, ó no tenga más que nociones falsas de la historia, de la política y del actual estado psicológico de España—dice estos días (24 de Septiembre) un periódico tan importante y democrático como el *Heraldo de Madrid*—puede adormecerse en la ilusión de que el carlismo no es un peligro, ni siquiera un problema, para los Gobiernos de la monarquía constitucional.

Suponer que en el cómputo y ponderación de las fuerzas nacionales nada significa ni pesa el partido que ha lanzado al campo doscientos mil hombres; que mantuvo una guerra de siete años y otra guerra de cuatro; que organizó ejércitos regulares tan disciplinados y tan sólidos como los mejores de su tiempo, que fatigó á los generales más ilustres del campo liberal, y en ocasiones ganó sobre ellos señaladas ventajas; que pudo sitiar nuestras plazas fuertes, coger nuestras banderas en Portugalete, detenernos tres meses en las líneas de Somorrostro, rechazarnos de la de Monte-Muro y sorprendernos en Lacar, oponiendo tácticos y estrategias insignes á nuestras primeras figuras militares, es indicio de que se ha perdido la memoria, está ya enfermo el entendimiento, y anda muy torcida la voluntad.»

Y el partido carlista con su programa completo de gobierno (1), con su rico venero de tradiciones, tiene hoy

(1) Permítasenos copiar siquiera los siguientes párrafos del magnífico manifiesto de las minorías carlistas á que antes nos hemos referido:

«Tres reacciones, que se reducen á una imperiosa necesidad social, se notan en los pueblos quebrantados por la revolución, y más vivamente quizá que en ninguno en nuestra patria. La reacción religiosa contra la impiedad y la indiferencia, la reacción descentralizadora contra la burocracia absor-

también, á Dios gracias, el jefe que requiere la grandeza de su misión.

En vano la pasión política, y el encono de las sectas anti-cristianas, que cuentan en él un enemigo tenaz é irreconciliable, han tratado de ajar en toda ocasión la hermosa y noble figura del caudillo que sin duda la Providencia destina para salvar á la sociedad española. Don Carlos de Borbón, jefe por la línea agnaticia de la casa más ilustre de Europa, nieto de cien reyes, representante augusto de la Legitimidad, es según afirman con grálíca

bente del Estado, y la reacción de la autoridad política fuerte y robusta que la sociedad ansía, contra los equilibrios y divisiones del poder que anulan su iniciativa, y por la oposición de los fragmentos soberanos va á parar en el absolutismo ó en la impotencia. En nuestro programa encuentran los principios que esos movimientos señalan su expresión más perfecta.

El liberalismo, que ha conducido al pueblo á la miseria, no le ha dado más libertad positiva que la de negar á Cristo y crucificarle de nuevo en las instituciones, en las leyes y en las costumbres, divorciadas de su doctrina y opuestas á su moral; por eso nosotros, hijos sumisos de la Iglesia, afirmamos, tal como ella los proclama, sin limitación alguna, sus sacrosantos derechos, y rechazando las absurdas regalías que los menoscaban y merman, sostenemos como el primero de-nuestros principios la Unidad católica, base de la Unidad nacional, fórmula secular de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, y baluarte contra la anarquía de las ideas que se ha enseñoreado de las almas apartadas del hogar de la fe.

Frente al centralismo que atrofia las energías regionales, y mata la vida de todos los organismos intermedios entre el individuo y el Estado, afirmamos las franquicias concejiles y regionales en el orden administrativo y económico que hoy el poder centralista les usurpa, y que tienen su expresión tradicional en nuestros gloriosos Fueros, fórmula española de democracia cristiana.

Ante las Monarquías en que los reyes reinan sin gobernar, sujetos á la tutela de Gabinetes responsables que no responden de nada, y que elevan á institución permanente la privanza que fué vicio accidental de antiguas Monarquías, afirmamos la soberanía política del Rey con sus naturales atributos, sin el refrendo ministerial, que los hace ilusorios, para que hallán-

palabra cuantos le conocen, *un rey de cuerpo entero*. Un alma que nativamente grande y valerosa, se ha templado como el acero en la dura escuela de la adversidad; una inteligencia superior, una cultura y una experiencia de cosas y personas, vastísimas; una discreción suma; un trato, mezcla de regio y paternal, que subyuga; un acendrado españolismo que encanta: esto hallan todos, amigos ó adversarios, en D. Carlos. Es magnánimo, sufrido, esforzado; es, para ahorrar palabras, como le ha llamado al conocerle y tratarle un distinguido publicista liberal: "*representante egregio de las más nobles cualidades de nuestra raza* (1)."

dose en contacto inmediato con el pueblo, limitado arriba por los derechos de la Iglesia y abajo por los de la nación, sea no solo el más alto magistrado, sino el primer caudillo de la patria, y cuando ésta luche y combata comparta á la cabeza del Ejército sus sacrificios y sus fatigas, prodigando su hacienda, y si es preciso su sangre, como los hijos del pueblo á quienes dirigieron en memorables ocasiones sus antepasados.

Queremos Cortes, pero no esos telares legislativos que muchas veces se convierten en mercado de negocios y destinos, sino Asambleas de incorruptibles procuradores, por mandato imperativo, incompatibles en su cargo con todo honor, empleo oficial ó de Empresas industriales, y donde estén representados, no los partidos trocados en asociaciones de concupiscencias, sino todos los intereses de las clases sociales, desde la agricultura y la industria con sus gremios de obreros hasta las Corporaciones científicas, la aristocracia, el Ejército y el Clero, votando aparte sus diputados, y con autoridad para impedir que sin su consentimiento se establezcan impuestos nuevos ni se alteren ni modifiquen las leyes fundamentales del reino.

En suma, una centralización política que haga posible una amplia descentralización administrativa y económica que, librando al Estado de funciones que no le corresponden ni puede ejercitar debidamente, devuelva su vida á las regiones bajo la influencia del espíritu religioso y moral, alma de nuestra historia, y sin el cual son vanas todas las contenciones del poder y fáciles todos los abusos.»

(1) D. José Ortega Munilla, director de *Los Lunes de El Imparcial*.

Es católico y caballero como la vieja España; lleva la Cruz en el corazón más que en su corona, como dice en sus hermosos manifiestos; es el hijo más obediente de la Iglesia; y, como su pariente Enrique V., de veneranda memoria, rechazó las proposiciones de los revolucionarios de Septiembre con indignación soberana, prefiriendo morir en el destierro á ser el *rey de la revolución*.

Todos los actos de su vida confirman con indisputable elocuencia su acrisolada fé religiosa. Muy joven todavía hizo *á priori* pública protesta de adhesión al Concilio Vaticano; teniendo presente que de Francia es oriunda su familia, con Francia se consagró en Paray-le-Monial al Corazón de Jesús; peleó en España al frente de sus leales, más que por sus derechos, por Dios y por la Patria, más que como príncipe desposeído—dice el eximio escritor señor Bolaños—como católico y español ultrajado en sus más caros amores; tomó parte activa y principalísima con sus carlistas en las fiestas del Centenario de la conversión de Recaredo y del establecimiento de la Unidad católica en España; acudió, en fin, con su familia á Trento, haciendo fervoroso alarde de su amor á la Iglesia, cuando los católicos de todas partes se congregaron allí en asamblea anti-masónica.

Así ha dado ejemplo constante á pueblos y reyes desde el comienzo de su vida pública: así ha podido merecer que el sagrado representante de la Verdad en la tierra, el gran León XIII, le dijese: «NADIE, QUERIDO HIJO, PODRÁ ARREBATARTE LA GLORIA DE HABER HECHO TANTO POR LA RELIGIÓN DE TUS MAYORES.»

Ese es, á despecho de las calumnias de rojos y negros, el verdadero partido católico español y ése su caudillo: la antigua y la nueva España armónicamente fundidas, la tradición en estrecho maridaje con el progreso legítimo; y ahora más todavía: el iris de paz, la su-

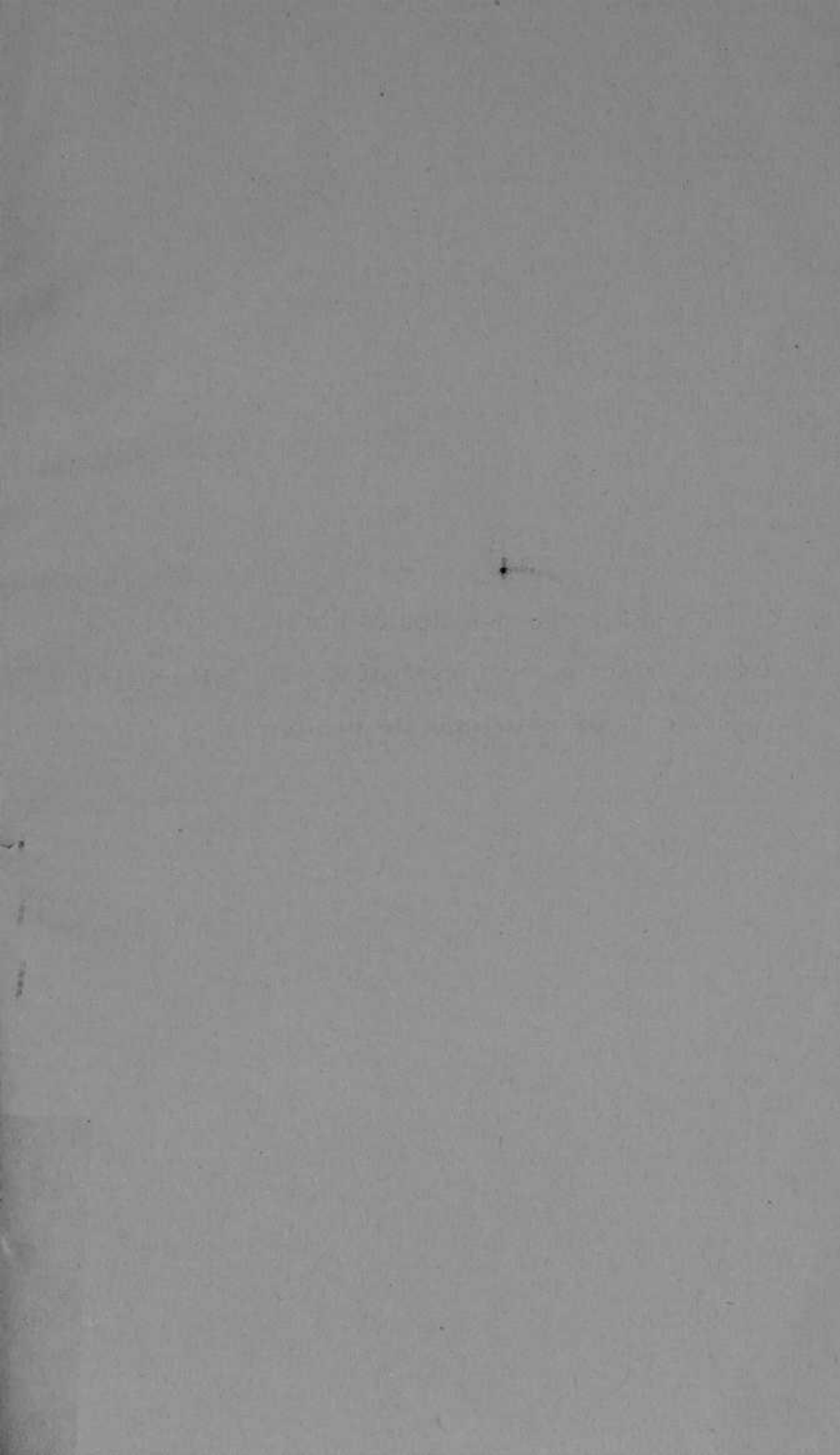
prema esperanza que resta ya á esta patria desventurada, antes señora del mundo, y hoy humillada y empobrecida hasta el último extremo por sesenta años de liberalismo.

«Creo—decía Aparisi y Guijarro en las Cortes del 71— que el partido carlista tiene un encargo providencial, y es el de salvar á la sociedad española, cuando parezca á los ojos de los hombres que no hay para esa sociedad que se hunde humano remedio».

Y hoy es la misma prensa liberal la que repite, ya por su cuenta, la profecía del gran Aparisi: «Si sobreviniese mañana una gran catástrofe nacional—dice el *Heraldo* en el artículo citado—la única fuerza sobre la cual podrían replegarse todos los elementos neutros de España, cansados de desgobierno en el interior y de vergonzosas flaquezas ante el extranjero, serían las huestes tradicionalistas, con su fórmula de monarquía histórica, democrática y cristiana.»

Tengamos, pues, en estos días de angustia y suprema crisis, más fé que nunca en los destinos de España, y, puesta la vista en sus hechos gloriosos, y en las preclaras cualidades y energías indomables de sus hijos, pensemos que no solo puede aún salvarse, sino que puede ser el principio de la salvación de Europa.





De venta en las principales librerías, y en la de
Andrés Martín, editor, Orates, 48, Valladolid,
al precio de **50 céntimos de peseta.**